

CRISTIANIDAD

AL REINO DE CRISTO
POR LOS CORAZONES DE JESÚS Y MARÍA



María, «Madre de la Iglesia»

Decreto sobre la celebración de la bienaventurada Virgen María, «Madre de la Iglesia»

Devoción a la Virgen de la Merced en América

A gloria de Dios y en honor de María Auxiliadora

La Virgen de Covadonga, protectora de España

«Gaudete et exsultate». Una llamada a la santidad en el mundo actual

Año LXXV– Núm. 1042
Mayo 2018

MARÍA, «MATER ECCLESIAE»



Jesús con María y san Juan

«María es, al mismo tiempo, Madre de Cristo, Hijo de Dios, y madre de los miembros de su Cuerpo místico, es decir, la Iglesia. Estas consideraciones derivan de la maternidad divina de María y de su íntima unión a la obra del Redentor, culminada en la hora de la cruz».

Decreto de la Memoria de María, «Madre de la Iglesia»,
11 de febrero de 2018

Sumario

María, «Madre de la Iglesia» <i>Lucas Prieto</i>	3
Proclamación de María, «Madre de la Iglesia» <i>Pablo VI</i>	6
Decreto sobre la celebración de la memoria de la bienaventurada Virgen María, «Madre de la Iglesia» <i>Cardenal R. Sarah</i>	9
Comentario al decreto de la memoria de María, «Madre de la Iglesia» <i>Cardenal R. Sarah</i>	10
María, don de Dios para nuestro tiempo <i>José María Petit Sullá (†)</i>	11
La devoción a la Virgen de la Merced en América <i>Gregorio Peña</i>	13
A gloria de Dios y en honor de María Auxiliadora <i>Nicolás Echave-Sustaeta, SDB</i>	18
La Virgen de Covadonga, protectora de España <i>María Jaurrieta Manresa</i>	24
«Gaudete et exultate» Una llamada a la santidad en el mundo actual <i>José María Alsina Casanova, HNSSC</i>	26
«Que Dios nos conceda la gracia de ser pequeños» <i>Benedicto XVI</i>	28
Los verdaderos desarrollos dogmáticos <i>José Ignacio Orbe, HNSSC</i>	30
Monumentos dedicados al Sagrado Corazón de Jesús <i>Luis Comas Zabala</i>	33
La devoción al Corazón de Jesús en la Iglesia <i>Juan Pablo II</i>	35

Edita
Fundación Ramón Orlandis i Despuig
Director: Antoni Prevosti Monclús
Redacción y administración
Duran i Bas, 9, 2ª
08002 Barcelona
Redacción: 93 317 47 33
e-mail: ramonorlandis@gmail.com
Administración y fax: 93 317 80 94
revista.cristiandad@gmail.com
<http://www.orlandis.org>

Imprime: Anebri Artes Gráficas, C.I.F A-80083017

RAZÓN DEL NÚMERO

COMO es ya habitual en nuestra revista el mes de mayo es dedicado monográficamente a la Virgen María y de este modo nos asociamos a lo que recordaba el beato Pablo VI en su encíclica *Mense maio*. «En efecto, este es el mes en el que los templos y en las casas particulares sube a María desde el corazón de los cristianos el más ferviente y afectuoso homenaje de su oración y de su veneración. Y es también el mes en el que desde su trono descienden hasta nosotros los dones más generosos y abundantes de la divina misericordia».

No quedan lejos los ecos de la celebración durante el pasado año del centenario de las apariciones de la Virgen en Fátima que nos vienen a confirmar la convicción de que vivimos en tiempos marianos. Estos tiempos que san Luis María Grignon de Montfort anunciaba como primicia de un nuevo advenimiento «ese tiempo dichoso en que la excelsa María sea establecida como Señora y Soberana en los corazones, para someterlos plenamente al imperio de su excelso y único Jesús».

Hemos evocado estos tiempos marianos a raíz de la multiplicación de aniversarios y celebraciones marianas que recordamos en los distintos artículos del presente número de la revista. En primer lugar, el establecimiento el pasado 11 de febrero por la Congregación para el Culto divino de la celebración litúrgica de la «bienaventurada Virgen María, Madre de la Iglesia». Tiene que ser motivo de gozo y de esperanza, en las circunstancias presentes, tan revueltas y confusas en todos los sentidos, que el Papa haya querido que toda la Iglesia tenga de este modo más presente la necesidad de confiar en María y dirigirse a ella como Madre solícita que cuida de sus hijos en los momentos de mayor perturbación y desaliento y de este modo, como comenta el cardenal Sarah, santifiquemos nuestra vida y nos acerquemos más a su Hijo Jesucristo.

Las otras celebraciones relacionadas marianas son: los 800 años la fundación de la Orden de la Merced tan entrañablemente unida a la ciudad de Barcelona en sus orígenes fundacionales y tan popularmente extendida por los países de América por los misioneros mercedarios. También hemos querido recordar el año jubilar para la archidiócesis de Oviedo que se celebra con motivo del centenario de la coronación canónica de la Virgen de Covadonga. Una advocación muy ligada con nuestra historia ya que bajo su protección se inicia aquel periodo conocido históricamente con el nombre de la reconquista, gracias al cual, se mantuvo la fe cristiana y a pesar de tantos avatares ha permanecido hasta nuestros días. A ella le encomendamos los tiempos presentes y futuros con confiada esperanza. Finalmente damos noticia del 150 aniversario de la consagración de la Basílica de María Auxiliadora de Turín. Le gustaba repetir a Don Bosco que a esta advocación le debía todo el fruto apostólico de su vida.

Además de las secciones habituales el lector podrá encontrar un artículo sobre la última exhortación apostólica: «Gaudete et exultate». El papa Francisco ha querido recordar aquello que sin duda constituye el mensaje central del Concilio Vaticano II, tan a menudo olvidado: la llamada universal a la santidad. Nos unimos gozosamente a las palabras finales del Papa referidas a María: «Ella es la que nos enseña el camino de la santidad y nos acompaña».

María, «Madre de la Iglesia»

LUCAS PRIETO

Una nueva fiesta litúrgica

EL pasado 11 de febrero la Congregación para el Culto Divino publicaba un decreto en el que se establecía la memoria de la «bienaventurada Virgen María, Madre de la Iglesia» para ser celebrada el lunes después de Pentecostés. Aunque desde antiguo había sido dado este título a María, fue el beato Pablo VI quien al concluir la tercera sesión del Concilio Vaticano II, declaró a la bienaventurada Virgen María «Madre de la Iglesia, es decir, Madre de todo el Pueblo de Dios, tanto de los fieles como de los pastores que la llaman Madre amorosa». Y ha sido ahora el papa Francisco, quien «considerando atentamente que la promoción de esta devoción puede incrementar el sentido materno de la Iglesia en los pastores, en los religiosos y en los fieles, así como la genuina piedad mariana», ha propuesto su celebración litúrgica para toda la Iglesia. Es interesante notar que la finalidad es incrementar tanto «el sentido materno de la Iglesia como la piedad mariana». No es un detalle casual, pues, en línea con las sugerencias del Concilio Vaticano II, esta vinculación: muestra profundamente la estrecha relación que existe entre María y el Cuerpo místico de Cristo: mirar a la Virgen nos ayuda también a comprender el misterio de la Iglesia.

El decreto señala cómo de alguna manera este misterio estaba ya tratado en los Santos Padres, en concreto en san Agustín y san León Magno, y da una indicación precisa que va a servirnos para desarrollar teológicamente el tema: la idea de María como Madre de la Iglesia «deriva de su maternidad divina y de su íntima unión a la obra del Redentor, culminada en la hora de la cruz». Por eso, para comprender qué está significado en esta maternidad, debemos investigar

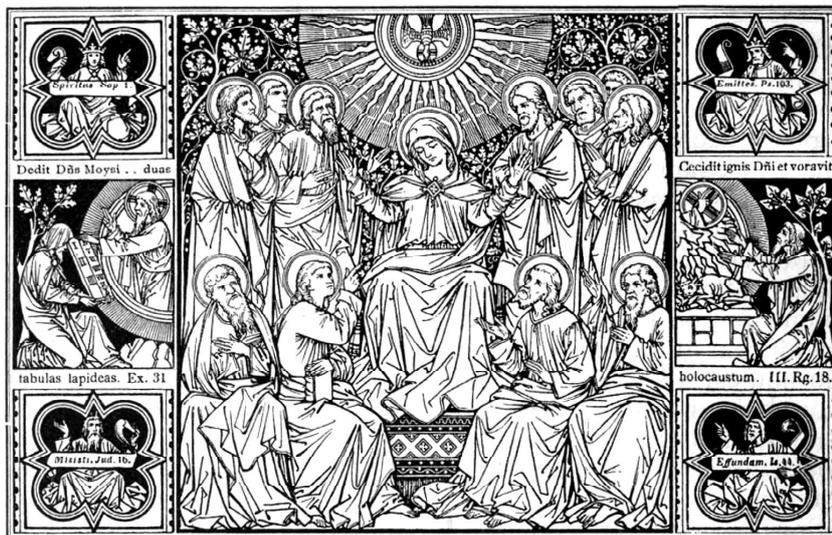
el papel de la Virgen en su vinculación con la obra de Cristo. O, formulado de otro modo, ¿por qué la participación de María en la redención es del todo singular? Para proceder ordenadamente vamos a ver primero, en qué consiste la obra salvífica de Cristo; en segundo lugar, cómo pueden los hombres asociarse a ella, para luego analizar por qué la participación de María en dicha obra se distingue de cualquier otra mediación.

Cristo, único mediador

A FIRMA el apóstol san Pablo que Cristo es el único mediador entre Dios y los hombres (cf. 1Tim 2, 5). Apoyándose en la radicalidad de la afirmación, la teología tradicional ha explicado que solo Él por ser Dios y hombre verdadero podía merecernos propiamente la salvación, porque solo Él podía ofrecer una satisfacción infinita al Padre como

hombre. Habiendo roto los hombres la relación con Dios por el pecado, era *necesaria* a la vez una satisfacción infinita (pues infinita había sido la ofensa en razón del ofendido) y un hombre que la ofreciera (para que reparase el daño que había cometido). Ahora bien, estos dos extremos nunca podían darse en

un puro hombre: creado como era (y disminuido, si podemos así decirlo, por el pecado), nunca podría poner un acto que salvara la distancia que lo separaba del creador. En el fondo, late la idea de que lo único proporcionado a Dios es Dios mismo. Por tanto, si el hombre quería reparar su pecado, se hallaba completamente imposibilitado de hacerlo, pues se encontraba a una distancia infinita. ¿Cómo reparar entonces el vínculo entre Dios y la criatura?



En esto consiste justamente la mediación redentora de Cristo, en la restauración del humano linaje a la amistad de Dios; una restauración que se realiza por la presentación al Padre de la ofrenda de los dones humanos (principalmente sus méritos en la cruz) y por la donación a los hombres de las gracias del Cielo que Él nos ha obtenido. Por eso, la obra de mediación Cristo la ha realizado fundamentalmente en su sacrificio cruento, pues ahí en un acto de amor infinito (porque era Dios) ofreció por toda la humanidad una expiación proporcionada al pecado (porque era hombre), y por su obediencia perfecta mereció también para toda la humanidad la justificación y la santificación.

La participación en la redención

AHORA bien, recurriendo a una distinción de escuela, se suele distinguir entre «redención objetiva» y «redención subjetiva». La primera hace referencia al acto mismo de Cristo en cuanto alcanza todas las gracias; la segunda a la aplicación de dichos méritos a lo largo de la historia. Por eso puede decirse que Cristo ha merecido la justificación para todos, pero que a lo largo de los tiempos y con la cooperación de la Iglesia los hombres van siendo justificados.

Teniendo esta distinción presente, ya los Santos Padres hablaron de la Iglesia como de una nueva Eva porque asociada a la obra redentora de Cristo colabo-

Nosotros cuando participamos en la redención lo hacemos siempre después del Calvario, María, por su título de Madre, ha cooperado en el Calvario mismo, uniéndose a Cristo como solo ella podía hacerlo.

raba en la distribución de la gracia mediante los sacramentos. En esta línea, la colaboración de la Iglesia se entiende fundamentalmente como la aplicación de la redención y cada vez que realiza en fidelidad a Cristo su misión en medio de los hombres, continúa comunicando, unida a Cristo, los bienes que Él nos alcanzó en la cruz. De este modo también podemos nosotros unirnos a la cruz de Cristo y podemos hacernos partícipes de la redención porque podemos cooperar en la aplicación de las gracias. Primeramente, los sacerdotes, pero también todo cristiano, realiza esta función de transmitir la redención en el mundo en que vive. Como enseñó el Concilio Vaticano II, esta mediación nada quita ni añade a la única mediación de Cristo, pues es por pura misericordia que el Señor nos asocia a la obra que Él realizó en la cruz.

María, nueva Eva

En un paralelismo sugerente, también María, como lo fuera la Iglesia, fue invocada desde los primeros siglos de la vida de la Iglesia como nueva Eva, porque «el nudo de la desobediencia de Eva fue desatado por la obediencia de María; lo atado por la virgen Eva con su incredulidad, fue desatado por la Virgen María mediante su fe; y comparándola con Eva, llaman a María *Madre de los vivientes*, afirmando aún con mayor frecuencia que la muerte vino por Eva, la vida por María» (LG 56). Aquí podemos preguntarnos: ¿María coopera como todos cooperamos o lo hace de un modo especial? En el texto recién citado pareciera que ya no se está hablando de la aplicación de la redención, sino de una participación singular *en la misma obra* de Cristo. Es decir, todos nosotros participamos en la redención porque podemos con nuestra oración o nuestra obra aplicarla a los hombres. Pero la participación de María, aunque en el Cielo trabaja también por la salvación de sus hijos intercediendo por ellos, es de otra naturaleza.

Como recordaba Canals, citando a Suárez, la misión de la Virgen no pertenece tanto al orden de la gracia, sino al orden hipostático, es decir, su misión se dirigía directamente a la persona del Redentor. Y esta participación puede entenderse de dos maneras: en primer lugar, María participa muy singularmente en la misión de Cristo porque por ella fue posible la encarnación del Hijo de Dios. María ante la anunciación del ángel pronunció su *fiat* y de ese modo comenzó la existencia histórica del Hijo de Dios. Por esta razón, ella ha cooperado como ninguna otra criatura en la obra de la salvación, porque posibilitó la encarnación (sin entrar en el papel singular de san José). En este sentido hay que leer el famoso sermón de san Bernardo cuando imagina

toda la creación, todo el género humano expectante a la respuesta de la Virgen. Es una participación singular, pero en cierto sentido permanece en el orden puramente dispositivo.

María, Madre de la Iglesia

PERO, en segundo lugar, cuando decimos que María participa de la redención como nueva Eva, también queremos decir que ella cooperó directamente en la acción por la que Cristo nos ha traído la gracia. Por eso decimos que ella es correudentora. No porque haya realizado una parte (aunque fuera mínima) de la obra que Cristo llevó a cabo en la cruz, sino porque ella se asoció de modo particular

y exclusivo a la ofrenda que en la cruz Cristo ofreció al Padre. El evangelio de san Juan nos dice que María estaba al pie de la cruz, y en ese estar junto a su Hijo, está «sufriendo profundamente con su Unigénito y asociándose con entrañas de madre a su sacrificio, consintiendo amorosamente en la inmolación de la víctima que ella misma había engendrado» (LG 58). Es importante notar que este asociarse a Cristo no significa que hiciera una parte de su obra, sino que tuvo parte en ella; al modo como cuando decimos que una persona tiene parte en los sufrimientos de su amigo, no porque sufra la mitad, sino porque compadece con él. Una comparación simple puede ayudarnos a comprender más radicalmente esta cooperación de María: nosotros cuando participamos en la redención lo hacemos siempre después del Calvario, María, por su título de Madre, ha cooperando en el Calvario mismo, uniéndose a Cristo como sólo ella podía hacerlo.

Por eso, cuando decimos que María es mediana de todas las gracias, no simplemente estamos afirmando que ella es el canal por el cual nos llegan a lo largo del tiempo, sino que está unida a la fuente porque «cooperó en forma enteramente impar a la obra del salvador con la obediencia, la fe, la esperanza y la ardiente caridad con el fin de restaurar la

vida sobrenatural en las almas, y por esta razón, es nuestra madre en el orden de la gracia» (LG 61). Por decirlo de alguna manera; la gracia que Cristo como único mediador nos ha merecido en la cruz tiene siempre un sabor materno porque María también fue introducida por misericordia en ese misterio de salvación.

El cardenal Sarah, prefecto de la Congregación para el Culto Divino, concluía la presentación del decreto diciendo que esperaba «que esta celebra-

La gracia que Cristo como único mediador nos ha merecido en la cruz tiene siempre un sabor materno porque María también fue introducida por misericordia en ese misterio de salvación.

ción, extendida a toda la Iglesia, recuerde a todos los discípulos de Cristo que, si queremos crecer y llenarnos del amor de Dios, es necesario fundamentar nuestra vida en tres realidades: la Cruz, la Hostia y la Virgen; *Crux, Hostia et Virgo*. Estos son los tres misterios que Dios ha dado al mundo para ordenar, fecundar, santificar nuestra vida interior y para conducirnos hacia Jesucristo. Son tres misterios para contemplar en silencio».

«Ahí tienes a tu madre»

Como enseña el Concilio, con María, «excelsa hija de Sión», tras larga espera de la promesa, se cumple la plenitud de los tiempos y se inaugura la nueva economía, cuando el Hijo de Dios asumió de ella la naturaleza humana para librar al hombre del pecado mediante los misterios de su carne». Las palabras que Jesús pronuncia desde lo alto de la cruz significan que la maternidad de su madre encuentra una «nueva» continuación en la Iglesia y a través de la Iglesia, simbolizada y representada por Juan. De este modo, la que como «llena de gracia» ha sido introducida en el misterio de Cristo para ser su Madre, es decir, la santa Madre de Dios, por medio de la Iglesia permanece en aquel misterio como «la mujer» indicada por el libro del Génesis (3, 15) al comienzo y por el Apocalipsis (12, 1) al final de la historia de la salvación.

San JUAN PABLO II, *Redemptoris Mater*, 25 de marzo de 1987

PROCLAMACIÓN DE MARÍA, «MADRE DE LA IGLESIA»

*En la clausura de la tercera etapa conciliar del Concilio Vaticano II.
Alocución de Su Santidad Pablo VI. 21/11/1964*

Nuestro pensamiento, venerables hermanos, no puede menos de elevarse, con sentimientos de sincera y filial agradecimiento, también a la Virgen Santa, a aquella que queremos considerar protectora de este Concilio, testigo de nuestros trabajos, nuestra amabilísima consejera, pues a ella, como a celeste patrona, juntamente con san José, fueron confiados por el papa Juan XXIII, desde el comienzo, los trabajos de nuestras sesiones ecuménicas.

Animados por estos mismos sentimientos, el año pasado quisimos ofrecer a María Santísima un acto solemne de culto en común, reuniéndonos en la basílica Liberiana, en torno a la imagen venerada con el glorioso título de *Salus Populi Romani*.

Este año el homenaje de nuestro Concilio es más precioso y significativo.

Con la promulgación de la actual constitución, que tiene como vértice y corona todo un capítulo dedicado a la Virgen, justamente podemos afirmar que la presente sesión se clausura como himno incomparable de alabanza en honor de María.

Pues es la primera vez —y decirlo nos llena el corazón de profunda emoción— que un concilio ecuménico presenta una síntesis tan extensa de la doctrina católica sobre el puesto que María Santísima ocupa en el misterio de Cristo y de la Iglesia.

Esto corresponde a la meta que el Concilio

se ha prefijado: manifestar el rostro de la Santa Iglesia, a la que María está íntimamente unida, y de la cual, como egregiamente se ha afirmado, es «la parte mayor, la parte mejor, la parte principal y más selecta» (Ruperto, *In Apocalipsis*, 1, VII, cap. 12; P. L. 169, 10.434).

En verdad la realidad de la Iglesia no se agota en su estructura jerárquica, en su liturgia, en sus sacramentos, ni en sus ordenanzas jurídicas. Su esencia íntima, la principal fuente de su eficacia santificadora, ha de buscarse en su mística unión con Cristo; unión que no podemos pensarla separada de aquella que es la Madre del Verbo Encarnado, y que Cristo mismo qui-

so tan íntimamente unida a sí para nuestra salvación. Así ha de encuadrarse en la visión de la Iglesia la contemplación amorosa de las maravillas que Dios ha

obrado en su Santa Madre. Y el conocimiento de la doctrina verdadera católica sobre María será siempre la llave de la exacta comprensión del misterio de Cristo y de la Iglesia.

La reflexión sobre estas estrechas relaciones de María con la Iglesia, tan claramente establecidas por la actual constitución conciliar, nos permite creer que es éste el momento más solemne y más apropiado para dar satisfacción a un voto que, señalado por Nos al término de la sesión anterior, han hecho suyo muchísimos padres conciliares, pidiendo insistentemente una declaración explícita, durante este

Concilio de la función maternal que la Virgen ejerce sobre el pueblo cristiano. A este fin hemos creído oportuno consagrar, en esta misma sesión pública, un título en honor de la Virgen, sugerido por diferentes partes del orbe católico, y particularmente entrañable para Nos, pues con síntesis maravillosa expresa el puesto privilegiado que este Concilio ha reconocido a la Virgen en la Santa Iglesia.

Así pues, para gloria de la Virgen y consuelo nuestro, Nos proclamamos a María Santísima Madre de la Iglesia, es decir, Madre de todo el Pueblo de Dios, tanto de los fieles como de los pastores que la llaman Madre amorosa, y queremos que de ahora en adelante sea honrada e invocada por todo el pueblo cristiano con este gratísimo título.

Se trata de un título, venerables hermanos, que no es nuevo para la piedad de los cristianos; antes bien, con este nombre de Madre, y con preferencia a cualquier otro, los fieles y la Iglesia entera acostumbran a dirigirse a María. En verdad pertenece a la esencia genuina de la devoción a María, encontrando su justificación en la dignidad misma de la Madre del Verbo Encarnado.

La divina maternidad es el fundamento de su especial relación con Cristo y de su presencia en la economía de la salvación operada por Cristo, y también constituye el fundamento principal de las relaciones de María con la Iglesia, por ser Madre de aquel, que desde el primer instante de la Encarnación en su seno virginal se constituyó en cabeza de su Cuerpo místico, que es la Iglesia. María, pues, como Madre de Cristo, es Madre también de los fieles y de todos los pastores; es decir, de la Iglesia.

Con ánimo lleno de confianza y amor filial elevamos a ella la mirada, a pesar de nuestra indignidad y flaqueza; ella, que nos dio con Cristo la fuente de la gracia, no dejará de socorrer a la Iglesia, que, floreciendo ahora en la abundancia de los dones del Espíritu Santo, se empeña con nuevos ánimos en su misión de salvación.

Nuestra confianza se aviva y confirma más considerando los vínculos estrechos que ligan al género humano con nuestra Madre celestial. A pesar de la riqueza en maravillosas prerrogativas con que Dios la ha honrado, para hacerla

digna Madre del Verbo Encarnado, está muy próxima a nosotros. Hija de Adán, como nosotros, y, por tanto, hermana nuestra con los lazos de la naturaleza, es, sin embargo, una criatura preservada del pecado original en virtud de los méritos de Cristo, y que a los privilegios obtenidos suma la virtud personal de una fe total y ejemplar, mereciendo el elogio evangélico «Bienaventurada porque has creído». En su vida terrena realizó la perfecta figura del discípulo de Cristo, espejo de todas las virtudes, y encarnó las bienaventuranzas evangélicas proclamadas por Cristo. Por lo cual, toda la Iglesia, en su incomparable variedad de vida y de obras, encuentra en ella la más auténtica forma de la perfecta imitación de Cristo.

Por lo tanto, auguramos que con la promulgación de la constitución sobre la Iglesia, sellada por la proclamación de María Madre de la Iglesia, es decir, de todos los fieles y pastores, el pueblo cristiano se dirigirá con mayor confianza y ardor a la Virgen Santísima y le tributará el culto y honor que a ella le compete.

En cuanto a nosotros, ya que entramos en el aula conciliar, a invitación del papa Juan XXIII, el 11 de octubre de 1961, a una «con María, Madre de Jesús», salgamos, pues, al final de la tercera sesión, de este mismo templo, con el nombre santísimo y gratísimo de María Madre de la Iglesia.

En señal de gratitud por la amorosa asistencia que nos ha prodigado durante este último período conciliar, que cada uno de vosotros, venerables hermanos, se comprometa a mantener alto en el pueblo cristiano el nombre y el honor de María, uniendo en ella el modelo de la fe y de la plena correspondencia a todas las invitaciones de Dios, el modelo de la plena asignación de la doctrina de Cristo y de su caridad, para que todos los fieles, agrupados por el nombre de la Madre común, se sientan cada vez más firmes en la fe y en la adhesión a Cristo, y también fervorosos en la caridad para con los hermanos, promoviendo el amor a los pobres, la justicia y la defensa de la paz. Como ya exhortaba el gran san Ambrosio: «Viva en cada uno el espíritu de María para ensalzar al Señor; reine en cada uno el alma de María para glorificar

a Dios» (san Ambrosio, Exp. in Luc., 2, 26; P. L. 15, 1642).

Especialmente queremos que aparezca con toda claridad que María, sierva humilde del Señor, está completamente relacionada con Dios y con Cristo, único Mediador y Redentor nuestro. E igualmente que si ilustren la naturaleza verdadera y el objetivo del culto mariano en la Iglesia, especialmente donde hay muchos hermanos separados, de forma que cuantos no forman parte de la comunidad católica comprendan que la devoción a María, lejos de ser un fin en sí misma, es un medio esencialmente ordenado a orientar las almas hacia Cristo, y de esta forma unir las almas al Padre, en el amor del Espíritu Santo.

Al paso que elevamos nuestro espíritu en ardiente oración a la Virgen, para que bendiga el Concilio Ecuménico y a toda la Iglesia, acelerando la hora de la unión entre todos los cristianos, nuestra mirada se abre a los ilimitados horizontes del mundo entero, objeto de las más vivas atenciones del Concilio Ecuménico, y que nuestro predecesor Pío XII, de venerable memoria, no sin una inspiración del Altísimo, consagró solemnemente al Corazón Inmaculado de María. Creemos oportuno, particularmente hoy, recordar este acto de consagración. Con este fin hemos decidido enviar próximamente, por medio de una misión especial, la Rosa de Oro al santuario de la Virgen de Fátima, muy querido no sólo por la noble nación portuguesa — siempre, pero especialmente hoy, apreciada por Nos—, sino también conocido y venerado por los fieles de todo el mundo católico. De esta forma, también Nos, pretendemos confiar a los cuidados de la Madre celestial toda la familia humana, con sus problemas y sus afanes, con sus legítimas aspiraciones y ardientes esperanzas.

Virgen María, Madre de la Iglesia, te reco-

mendamos toda la Iglesia, nuestro Concilio Ecuménico.

... «Socorro de los obispos», protege y asiste a los obispos en su misión apostólica, y a todos aquellos, sacerdotes, religiosos y seglares, que con ellos colaboran en su arduo trabajo.

Tú, que por tu mismo divino Hijo, en el momento de su muerte redentora, fuiste presentada como Madre al discípulo predilecto, acuérdate del pueblo cristiano, que en ti confía.

Acuérdate de todos tus hijos; avala sus peticiones ante Dios; conserva sólida su fe; fortifica su esperanza; aumenta su caridad.

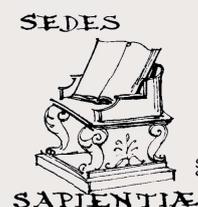
Acuérdate de aquellos que viven en la tribulación, en las necesidades, en los peligros, especialmente de aquellos que sufren persecución y se encuentran en la cárcel por la fe. Para ellos, Virgen Santísima, solicita la fortaleza y acelera el ansiado día de su justa libertad.

Mira con ojos benignos a nuestros hermanos separados, y dignate unirnos, tú que has engendrado a Cristo, fuente de unión entre Dios y los hombres.

Templo de la luz sin sombra y sin mancha, intercede ante tu Hijo Unigénito, Mediador de nuestra reconciliación con el Padre (cf. LG V, XI), para que sea misericordioso con nuestras faltas y aleje de nosotros la desidia, dando a nuestros ánimos la alegría de amar.

Finalmente, encomendamos a tu Corazón Inmaculado todo el género humano; condúcelo al conocimiento del único y verdadero Salvador, Cristo Jesús; aleja de él el flagelo del pecado, concede a todo el mundo la paz en la verdad, en la justicia, en la libertad y en el amor.

Y haz que toda la Iglesia, celebrando esta gran asamblea ecuménica, pueda elevar al Dios de las misericordias un majestuoso himno de alabanza y agradecimiento, un himno de gozo y alegrías, pues grandes cosas ha obrado el Señor por medio tuyo, clemente, piadosa y dulce Virgen María.



Decreto sobre la celebración litúrgica de la memoria de la bienaventurada Virgen María, «Madre de la Iglesia»

11 de febrero de 2018

LA gozosa veneración otorgada a la Madre de Dios por la Iglesia en los tiempos actuales, a la luz de la reflexión sobre el misterio de Cristo y su naturaleza propia, no podía olvidar la figura de aquella Mujer (cf. Gal 4,4), la Virgen María, que es Madre de Cristo y, a la vez, Madre de la Iglesia.

Esto estaba ya de alguna manera presente en el sentir eclesial a partir de las palabras premonitorias de san Agustín y de san León Magno. El primero dice que María es madre de los miembros de Cristo, porque ha cooperado con su caridad a la regeneración de los fieles en la Iglesia; el otro, al decir que el nacimiento de la Cabeza es también el nacimiento del Cuerpo, indica que María es, al mismo tiempo, Madre de Cristo, Hijo de Dios, y madre de los miembros de su Cuerpo místico, es decir, la Iglesia. Estas consideraciones derivan de la maternidad divina de María y de su íntima unión a la obra del Redentor, culminada en la hora de la cruz.

En efecto, la Madre, que estaba junto a la cruz (cf. Jn 19, 25), aceptó el testamento de amor de su Hijo y acogió a todos los hombres, personificados en el discípulo amado, como hijos para regenerar a la vida divina, convirtiéndose en amorosa nodriza de la Iglesia que Cristo ha engendrado en la cruz, entregando el Espíritu. A su vez, en el discípulo amado, Cristo elige a todos los discípulos como herederos de su amor hacia la Madre, confiándosela para que la recibieran con afecto filial.

María, solícita guía de la Iglesia naciente, inició la propia misión materna ya en el cenáculo, orando con los Apóstoles en espera de la venida del Espíritu Santo (cf. Hch 1,14). Con este sentimiento, la piedad cristiana ha honrado a María, en el curso de los siglos, con los títulos, de alguna manera equivalentes, de Madre de los discípulos, de los fieles, de los creyentes, de todos los que renacen en Cristo y también «Madre de la Iglesia», como aparece en textos de algunos autores espirituales e incluso en el magisterio de Benedicto XIV y León XIII.

De todo esto resulta claro en qué se fundamentó el beato Pablo VI, el 21 de noviembre de 1964, como conclusión de la tercera sesión del Concilio Vaticano II, para declarar a la bienaventurada Vir-

gen María «Madre de la Iglesia, es decir, Madre de todo el Pueblo de Dios, tanto de los fieles como de los pastores que la llaman Madre amorosa», y estableció que «de ahora en adelante la Madre de Dios sea honrada por todo el pueblo cristiano con este gratísimo título».

Por lo tanto, la Sede Apostólica, especialmente después de haber propuesto una misa votiva en honor de la bienaventurada María, Madre de la Iglesia, con ocasión del Año Santo de la Redención (1975), incluida posteriormente en el Misal Romano, concedió también la facultad de añadir la invocación de este título en las Letanías Lauretanas (1980) y publicó otros formularios en el compendio de las misas de la bienaventurada Virgen María (1986); y concedió añadir esta celebración en el calendario particular de algunas naciones, diócesis y familias religiosas que lo pedían.

El sumo pontífice Francisco, considerando atentamente que la promoción de esta devoción puede incrementar el sentido materno de la Iglesia en los Pastores, en los religiosos y en los fieles, así como la genuina piedad mariana, ha establecido que la memoria de la bienaventurada Virgen María, Madre de la Iglesia, sea inscrita en el Calendario Romano el lunes después de Pentecostés y sea celebrada cada año.

Esta celebración nos ayudará a recordar que el crecimiento de la vida cristiana debe fundamentarse en el misterio de la Cruz, en la ofrenda de Cristo en el banquete eucarístico, y en la Virgen oferente, Madre del Redentor y de los redimidos.

Por tanto, tal memoria deberá aparecer en todos los calendarios y libros litúrgicos para la celebración de la Misa y de la Liturgia de las Horas: los respectivos textos litúrgicos se adjuntan a este decreto y sus traducciones, aprobadas por las conferencias episcopales, serán publicadas después de ser confirmadas por este Dicasterio.

Donde la celebración de la bienaventurada Virgen María, Madre de la Iglesia, ya se celebra en un día diverso con un grado litúrgico más elevado, según el derecho particular aprobado, puede seguir celebrándose en el futuro del mismo modo.

Sin que obste nada en contrario.

Comentario al decreto a la memoria de María, «Madre de la Iglesia»

Dado por el cardenal Robert SARAH, prefecto para la Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos.

POR decisión del papa Francisco, la Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos ha ordenado la inscripción de la memoria de la «Bienaventurada Virgen María, Madre de la Iglesia» en el Calendario Romano General, con decreto del día 11 de febrero de 2018, ciento sesenta aniversario de la primera aparición de la Virgen en Lourdes.

(...) El motivo de la celebración es descrito brevemente en el mismo decreto, que recuerda la madurada veneración litúrgica a María tras una mejor comprensión de su presencia «en el misterio de Cristo y de la Iglesia», como ha explicado el capítulo VIII de la *Lumen gentium* del Concilio Vaticano II. De hecho, el beato Pablo VI, al promulgar esta constitución conciliar el 21 de noviembre de 1964, quiso conceder solemnemente a María el título de «Madre de la Iglesia». El sentir del pueblo cristiano, en los dos mil años de historia, había acogido, de diverso modo, el vínculo filial que une estrechamente a los discípulos de Cristo con su Santísima Madre. De tal vínculo da testimonio explícito el evangelista Juan, cuando habla del testamento de Jesús muriendo en la cruz (cf. Jn 19, 26-27). Después de haber entregado su Madre a los discípulos y éstos a la Madre, «sabiendo que ya estaba todo cumplido», al morir Jesús «entregó su espíritu» para la vida de la Iglesia, su cuerpo místico: pues, «del costado de Cristo dormido en la cruz nació el sacramento admirable de la Iglesia entera» (*Sacrosanctum Concilium*, n. 5).

El agua y la sangre que brotaron del corazón de Cristo en la cruz, signo de la totalidad de su ofrenda redentora, continúan sacramentalmente dando vida a la Iglesia mediante el Bautismo y la Eucaristía. María santísima tiene que realizar su misión materna en esta admirable comunión, que se ha de potenciar siempre entre el Redentor y los redimidos. Lo recuerda el texto evangélico de Jn 19, 25-34 señalado en la misa de la nueva memoria, ya indicado –junto con las lecturas de Gn 3 y Hch 1– en la misa votiva «*de sancta Maria Ecclesiae Matre*» aprobada por la Congregación para el Culto Divino en 1973, para el Año Santo de la Reconciliación de 1975 (cf. *Notitiae* 1973, p. 382-383).

La conmemoración litúrgica de la maternidad

eclesial de María existía ya en las misas votivas de la editio altera del *Missale Romanum* de 1975. Después, en el pontificado de san Juan Pablo II existía la posibilidad, concedida a las conferencias episcopales, de añadir el título de «Madre de la Iglesia» a las Letanías lauretanas (cf. *Notitiae* 1980, p. 159); y, con ocasión del año mariano, la Congregación para el Culto Divino publicó otros formularios de misas votivas con el título de María Madre e imagen de la Iglesia en la *Collectio missarum de Beata Maria Virgine*. Se había aprobado también, a lo largo de los años, la inserción de la celebración de la «Madre de la Iglesia» en el calendario propio de algunos países, como Polonia y Argentina, el lunes después de Pentecostés; y había sido inscrita en otras fechas tanto en lugares peculiares, como la basílica de san Pedro, –donde se hizo la proclamación del título por parte de Pablo VI–, como también en los propios de algunas órdenes y congregaciones religiosas.

El papa Francisco, considerando la importancia del misterio de la maternidad espiritual de María, que desde la espera del Espíritu en Pentecostés (cf. Hch 1,14) no ha dejado jamás de cuidar maternalmente de la Iglesia, peregrina en el tiempo, ha establecido que, el lunes después de Pentecostés, la memoria de María Madre de la Iglesia sea obligatoria para toda la Iglesia de rito romano. Es evidente el nexo entre la vitalidad de la Iglesia de Pentecostés y la solicitud materna de María hacia ella. En los textos de la Misa y del Oficio, el texto de Hch 1,12-14 ilumina la celebración litúrgica, como también Gn 3,9-15.20, leído a la luz de la tipología de la nueva Eva, constituida «*Mater omnium viventium*» junto a la cruz del Hijo, Redentor del mundo.

Esperamos que esta celebración, extendida a toda la Iglesia, recuerde a todos los discípulos de Cristo que, si queremos crecer y llenarnos del amor de Dios, es necesario fundamentar nuestra vida en tres realidades: la Cruz, la Hostia y la Virgen, *Cruz, Hostia et Virgo*. Estos son los tres misterios que Dios ha dado al mundo para ordenar, fecundar, santificar nuestra vida interior y para conducirnos hacia Jesucristo. Son tres misterios para contemplar en silencio (R. Sarah, *La fuerza del silencio*, n. 57).

María, don de Dios para nuestro tiempo

Este artículo, uno de los primeros que José M^a PETIT escribiera en la revista CRISTIANDAD fue publicado en mayo de 1968 (447), justamente hace 50 años, después de que la Iglesia proclamara a María Madre de Dios.

EN el discurso de clausura del Concilio Vaticano II, Paulo VI dijo que en el mundo actual se encontraban la religión del Dios hecho hombre con la religión del hombre que se hace dios. Dos corrientes totalmente antagónicas, no tanto por sus modos de abarcar la realidad temporal, la «ciudad terrena», sino por una actitud más radical. La religión revelada, la de Dios hecho hombre, parte de un principio histórico y trascendente. La religión inventada, la del hombre que se hace dios, se proyecta hacia un fin ahistórico e inmanente. La Iglesia postconciliar, como ahora se dice, ¿debe tener por misión presentar al mundo moderno una síntesis de ambas concepciones?

Las síntesis históricas no se hacen, sino que están ya hechas en el plan de Dios. Porque la segunda corriente a que hemos aludido, la del hombre que quiere ser dios, no es más que una deformación de la idea mesiánica de redención, que en su verdadera dimensión está no sólo anunciada, sino también prometida al Pueblo de Dios.

Parece que la devoción mariana queda bien encuadrada dentro de la primera corriente, la estrictamente ortodoxa, y que la fidelidad al magisterio de la Iglesia en sus distintas formulaciones Marianas cae dentro del marco más tradicional de la fe católica. Esto es evidentemente una patente verdad. Pero se olvida a menudo que las más grandes explicitaciones de las excelencias Marianas son todas, aunque de antigua devoción, de muy reciente promulgación.

Hay un paralelismo cronológico entre la conciencia que el hombre moderno adquiere de su propio poder y la manifestación autorizada y tam-



bién popular hacia la figura verdaderamente excepcional de María. Así lo han hecho notar los pontífices de los últimos tiempos que sufrieron en su corazón las grandes convulsiones sociales y las mayores catástrofes bélicas.

María es el don de Dios para nuestro tiempo. Don precioso y delicado y cuya misión, si bien se mira, es aparentemente imposible. Tiene que decirle al hombre de hoy que se ha apartado de su camino, que tiene que abandonar su orgullo y su soberbia. Pero el hombre moderno es muy enemigo de todo paternalismo y sólo exige sus derechos desprecienado favores gratuitos.

Pero María es el remedio porque es también el prototipo. Ella tiene lo que el hombre moderno apetece, divinizarse. Además, María sabe cómo conseguirlo mientras el hombre solo, se estrella y se desespera en el intento. Finalmente, María está constituida por Dios en guía de este antiguo y nuevo camino.

Estas tres excepcionales cualidades, que la devoción popular desglosa en todas las letanías marianas, se resumen en la advocación más exacta y sintética: María es madre espiritual de los hombres.

Los que tienen responsabilidad más directa so-

Toda crítica «intelectualista», «bíblica», o «cristológica» de la misión de María en orden a la salvación es un menosprecio del amor de Dios.

bre el cuidado espiritual de los hombres deben tener esto muy presente. Negarle al hombre moderno esta fuente de vida de la que manan los dones del Espíritu Santo, es negarle su única salvación. Cualquier intento de menospreciar la devoción mariana, es ne-

gar, no sólo el curso de la historia, sino la misma solución de la historia. Toda crítica «intelectualista», «bíblica», o «cristológica» de la misión de María en orden a la salvación, es un menosprecio del amor de Dios. Quien dijere que no necesita de María para ir a Jesús, mentiría, como mintieron los fariseos que negaron a Cristo, porque decían tener con ellos al Dios de Abraham de Isaac y de Jacob, y esto les bastaba. Nadie puede poner cortapisas al amor de Dios. No sólo resultan antidivinos y antihumanos, sino sobre todo incapaces de comprender la síntesis que Dios tiene preparada para el hombre y de la que María es la imagen más perfecta.

El problema del minimalismo mariano es un problema de minimalismo cristológico y nada más que esto, porque María es un don de Dios. Mariología es y será siempre teología. Tratar de María es hoy, como lo fue en el Concilio de Éfeso, tratar de Dios. Negarle a María el don de su maternidad divina fue entonces negar que Jesucristo era Dios. Negarle hoy a María su maternidad espiritual es negar que Jesucristo tenga un amor divino a los hombres.

¡Madre de la Iglesia! ¡Madre de todos nosotros!

Pero la maternidad de María no es sólo individual. Tiene un valor colectivo que se manifiesta en el título de Madre de la Iglesia. Efectivamente, en el Calvario ella se unió al sacrificio del Hijo que tendía a la formación de la Iglesia; su corazón materno compartió hasta el fondo la voluntad de Cristo de «reunir en uno todos los hijos de Dios que estaban dispersos» (Ibid. 11, 52). Habiendo sufrido por la Iglesia, María mereció convertirse en la Madre de todos los discípulos de su Hijo, la Madre de su unidad. Por eso, el Concilio afirma que «la Iglesia católica, instruida por el Espíritu Santo, la venera, como a Madre amantísima, con afecto de piedad filial» (*Lumen gentium*, 53). ¡Madre de la Iglesia! ¡Madre de todos nosotros!

(...) Por eso, «desde los albores de la fe y en cada etapa de la predicación del Evangelio, en el nacimiento de cada Iglesia particular, la Virgen ocupa el puesto que le corresponde como Madre de los imitadores de Jesús que constituyen la Iglesia» (Homilía en el santuario de Suyapa, 8 marzo 1983). Sí, María está presente en nuestro camino.

San JUAN PABLO II, de la homilía en la santa misa en el santuario de Nuestra Señora de la Alborada, Guayaquil, 31 de enero de 1985.

La devoción a la Virgen de la Merced en América

GREGORIO PEÑA



Procesión de la Virgen de las Mercedes en Paita (Perú)

La Virgen de la Merced en América

LA Virgen de la Merced fue llamada por Su Santidad el papa Juan Pablo II en su primera visita al Perú en 1985, «La Estrella de la Fe y de la evangelización».

El nombre «María de la Merced» es un título teológico, que revela una faceta importante del misterio de María, entendida como co-redentora junto a su Hijo, el Redentor. Es un título vinculado a la vida y obra de san Pedro Nolasco, que más que fundador autónomo de una familia religiosa aparece como devoto de María y promotor de la obra de Merced de la Virgen María mediante la redención de cautivos.

En los primeros documentos, los redentores de cautivos aparecen como Orden de Santa Eulalia (por el nombre de la casa donde residían, en Barcelona) o Redención de cautivos (por su tarea específica). Pero pronto, por impulso del pueblo ellos empiezan a llamarse «Orden u obra de Santa María de la Merced, de la Redención de cautivos».

Con los mercedarios iba siempre María de la Merced. El término primigenio, en singular, se convirtió

en forma plural: Nuestra Señora de las Mercedes. Esto sucede por el año 1536, en Perú. El significado de Merced se amplía: el pueblo lo hace sinónimo de favor o gracia e invoca a María con el expresivo título de Virgen de las Mercedes.

Está comprobado que en el primer viaje de Cristóbal Colón no fue ningún sacerdote ni religioso. La llegada de misioneros y religiosos al nuevo continente se produjo en el segundo viaje (1493).

Una de las preocupaciones de la Monarquía Católica al irrumpir el Nuevo Mundo en el teatro histórico de la España del siglo XVI, fue la evangelización de los territorios recientemente descubiertos por el almirante Colón en octubre de 1492. Los Reyes Católicos eligen a la Orden Mercedaria junto con franciscanos, dominicos y agustinos, para que evangelizaran las Indias Occidentales.

Los reyes de España pidieron a estas órdenes que buscasen en sus comunidades a los religiosos más aptos y de buena voluntad que quisiesen ir a la conversión de no cristianos, a fin de enviarlos, al menos por diez años, al nuevo continente.

Así, la historia de la Virgen de la Merced en Amé-

rica se inicia unos pocos años después del descubrimiento, cuando Cristóbal Colón desembarcó en la isla de la Española, hoy República Dominicana.

La Virgen de la Merced en Santo Domingo

EN 1493 se inicia el segundo viaje de Cristóbal Colón y consta documentalmente que frailes mercedarios acompañaron al almirante. Aunque no se ha documentado el nombre propio del religioso mercedario que acompañó a Colón en su segundo viaje, sí es cierto que a «un fraile de la Merced llevaba como capellán el Almirante» en esa oportunidad. Parece ser que se trataba del padre Juan Infante.

Colón informó al rey Fernando de la existencia de tribus que se deberían evangelizar para que en un futuro los colonos que llegaran desde España pudieran relacionarse y comerciar con ellas. Dicho informe

El primer santuario mariano de América fue dedicado a la Virgen de la Merced, en el cerro de la Cruz de la Vega, de la actual República Dominicana. Su imagen fue un regalo de la reina Isabel la Católica a los primeros misioneros mercedarios.

propició la inmediata adjudicación de tal encomienda, entre otros, a los frailes mercedarios, ya que eran expertos en tratar con gentes de otras religiones, en especial con los mahometanos de África.

En este segundo viaje de Colón, parece ser que el enfrentamiento con los nativos de la isla de la Española fue muy duro y que las tropas de Colón casi habían perdido la esperanza de poderlos vencer, cuando un fraile mercedario, Juan Infante, confesor de Colón, y que llevaba consigo la imagen de Nuestra Señora de la Merced, les prometió la victoria en nombre de la Virgen María. Como finalmente ésta se logró, se hizo construir un santuario en honor a la Virgen.

Así pues, el primer santuario mariano de América fue dedicado a la Virgen de la Merced, en el lugar donde el auxilio de la Virgen les dio la victoria, en el cerro de la Cruz de la Vega, de la actual República Dominicana. Hoy en día, este primer santuario mariano de América, es un acreditado centro de culto a María. Su imagen fue un regalo de la reina Isabel la Católica a los primeros misioneros mercedarios.

No se sabe cuando llegaron a fundar convento los mercedarios en el Santo Cerro, pero en la ciudad de Santo Domingo, fundada el 27 de noviembre de

1493 por Colón con el nombre de La Isabela, los mercedarios ya habían fundado convento antes de 1514. De aquí en adelante Santo Domingo será el punto de llegada de los religiosos mercedarios de España hacia América y centro de expansión misionera hacia otras regiones.

El 8 de septiembre de 1616, la Virgen de la Merced fue proclamada patrona de Santo Domingo. Este patronazgo de la Virgen Blanca fue aclamado oficialmente no sólo por fuerza de la devoción popular de más de un siglo, sino, especialmente por los grandes favores y milagros que obró la Virgen de la Merced con ocasión del gran terremoto de 1614 que asoló la Isla.

La infantería de la Isla también la juró por patrona tras la milagrosa victoria, el 14 de mayo de 1656, «contra mil herejes ingleses, sólo con trescientos católicos».

En 1513, Vasco Núñez de Balboa logra introducirse por el istmo de Panamá y descubre el Océano Pacífico, al que denominó Mar del Sur. En el mismo año, se constituye en diócesis Panamá, que sería la primera diócesis erigida en tierra firme. Desde ese momento se convierte esa región algo así como en un centro de operaciones. Desde allí salen expediciones civilizadoras hacia la América Central y por el istmo de Panamá pasa la corriente cristiana hacia la América del Sur. Los mercedarios fueron los capellanes de muchas de estas arriesgadas

expediciones y los primeros en construir conventos en Guatemala y otros puntos de América Central.

La Virgen de la Merced en Venezuela

EL inicio de esta devoción en Venezuela no es más que la prolongación de la de Santo Domingo. La primera misa en territorio venezolano fue el 23 de noviembre de 1527, presidida por el mercedario Antón Merino, quien era capellán del conquistador don Juan de Ampies, fundador de Coro. Ni el uno ni el otro pudieron lograr lo que pretendían, así que regresaron a su lugar de partida.

Pasó más de un siglo hasta que los mercedarios fundasen convento en Caracas (21 de marzo de 1638). Mientras tanto la Merced fue extendiéndose a través del resto de América del Sur, prescindiendo de Venezuela. Pero la devoción a la Virgen de las Mercedes era cultivada por vecinos que habían venido de Santo Domingo, pues por entonces Venezuela dependía de Santo Domingo en lo político, administrativo y espiritual.

En el siglo XVII el cultivo del cacao era, para la

economía de la provincia, de capital importancia. La plaga de alhorra o aljorra, pequeñísimo insecto que atacaba al cacao, estaba devastando las plantaciones. El pueblo acudió a la oración y el Cabildo Civil, el 14 de junio de 1638, tomaron por patrona de la ciudad y Abogada del cacao (título no católico), Nuestra Señora de las Mercedes.

Al patronazgo como Abogada del cacao, se sumó, en 1766, el de «Abogada contra los terremotos». El 21 de octubre de 1766 ocurrió un tremendo terremoto. Sin embargo Caracas apenas sufre pequeños desperfectos sin pérdida alguna de vida humana. Toda la población atribuye aquel beneficio a la protección de la Virgen de las Mercedes. En agradecimiento el Ayuntamiento se ratifica en el voto de 1638 declarando a la Virgen de las Mercedes patrona especial de la ciudad con el título de «Abogada contra los terremotos».

La Virgen de la Merced en Panamá

DESPUÉS de Santo Domingo, los mercedarios fundaron en Panamá el primer monasterio en Tierra Firme el año 1522, que será el punto de partida de la expansión española hacia América del Sur.

En 1671 la ciudad es atacada por las fuerzas del pirata inglés Henry Morgan con intenciones de saquearla y agregarla al dominio inglés. El capitán general de Tierra Firme, Juan Pérez de Guzmán ordena evacuar la ciudad y volar los depósitos de pólvora provocando un gigantesco incendio que la destruyó totalmente. Las ruinas de la antigua ciudad todavía se mantienen, incluyendo la torre de su catedral. La ciudad de Panamá fue reconstruida en 1673 en una nueva localización a 2 km al oeste-suroeste de la ciudad original a las faldas del cerro Ancón.

La devoción a la Virgen de la Merced se acrecentó tras la invasión del pirata Morgan y el papel que jugaron los mercedarios en el rescate de la población.

La Virgen de la Merced en Colombia

YA en el 1527 los mercedarios habían desembarcado en Colombia. Un lugar de gran importancia en Cali es la capilla La Merced, donde se llevó a cabo la misa de fundación de la ciudad el 25 de julio de 1536. En su interior guarda una escultura, tallada en madera en el siglo XV, de Nuestra Señora de la Merced (patrona de la ciudad).

Misioneros mercedarios, venidos desde Quito fundaron el importante convento de Pasto. Su templo, dedicado a la Virgen de la Merced, es el centro de gran devoción y culto a María. La primera imagen

de la Virgen, regalada por Carlos I y traída desde España, se quemó. Esta imagen está declarada «Gobernadora de Pasto».

La Virgen de la Merced en Ecuador

El origen de la imagen de Nuestra Madre de la Merced, que se venera en la basílica de la Merced de Quito es maravilloso y lleno de misterio.

Cuando llegaron los españoles, en 1527 encontraron en la isla de la Plata una imagen, que los nativos la tenían a manera de ídolo, acudían a ella en sus enfermedades y en toda necesidad.

Hacían exvotos de plata de los miembros enfermos y le ofrecían a la imagen. Tanta cantidad de exvotos encontraron los españoles, que por eso la llamaron «Isla de la Plata». Los religiosos mercedarios que vinieron con los conquistadores vieron en esa imagen algo más que un ídolo, era una imagen de María, la consagraron como Nuestra Madre de La Merced y después la trasladaron a Quito. La imagen es de piedra, labrada con mucha belleza, no se sabe quién, ni cuándo, ni dónde la hicieron. Actualmente se encuentra en el altar mayor de la basílica de la Merced de Quito. Indudablemente que es la imagen más célebre de todo el Ecuador.

Siendo la primera imagen mariana en Quito, y por su acción taumatúrgica, el cabildo de la ciudad de Quito la reconozca, como fundadora, vecina, primera colona y protectora de la ciudad. Posteriormente, por la protección que demostró en los terremotos y en las erupciones volcánicas, que eran tan frecuentes, recibió el título de «Virgen del Terremoto» y «Virgen del Volcán». La historia del Ecuador está relacionada muy estrechamente con la historia de esta imagen. Su protección nos consiguió la independencia en la batalla de Pichincha. El general Sucre se acogió a su amparo y le entregó su espada después del triunfo.

Con su socorro García Moreno triunfó sobre el ejército peruano en la batalla de Guayaquil el 24 de septiembre de 1860, a raíz de lo cual la Convención Nacional le declaró patrona y protectora especial de la República, de las Armas y se comprometió a celebrar su fiesta «con asistencia de primera clase en la iglesia en que aquella se venera».

La Virgen de la Merced en Perú

Esta devoción llegó al Perú durante la época de la evangelización. Francisco Pizarro fue acompañado por religiosos de la Orden de la Merced, quienes se trazaron la meta de cimentar sus labores evangélicas y la inspiración al culto a la

Madre de Dios, bajo la advocación de «María de las Mercedes».

Los padres mercedarios habían edificado ya su primitiva iglesia conventual hacia 1535, templo que sirvió como la primera parroquia de Lima hasta la construcción de la iglesia mayor en el 1540. Junto con estos frailes llegó su celestial patrona, la Virgen de la Merced. En la basílica de la Merced, en la capital limeña, se venera la imagen de la Virgen de la Merced que fue entronizada a comienzos del siglo XVII y que ha sido considerada como patrona de la capital. Fue proclamada en 1730 «Patrona de los Campos del Perú»; «Patrona de las Armas de la República» en 1823; y al cumplirse el primer centenario de la independencia de la nación, la imagen fue solemnemente coronada y recibió el título de «Gran Mariscal del Perú» el día 24 de septiembre de 1921, solemnidad de Nuestra Señora de la Merced, desde entonces declarado fiesta nacional, ocasión en que cada año el ejército le rinde honores a su alta jerarquía militar de «Mariscal». La imagen porta numerosas condecoraciones otorgadas por la república de Perú y sus gobernantes e instituciones nacionales. En 1970 el cabildo de Lima le otorgó las «Llaves de la ciudad» y en 1971 el presidente de la República le impuso la Gran Cruz Peruana al Mérito Naval, gestos que demuestran el cariño y la devoción del Perú a esta advocación considerada por muchos como su patrona nacional.

Perú es actualmente el país que reúne a la mayor cantidad de devotos de la Virgen en la advocación de la Merced de toda América y que cada 24 de septiembre celebran esta fiesta en honor a la Bienaventurada Virgen María en especial en la Peregrinación Nacional e Internacional hacia el puerto de Paita (donde se conserva la más antigua imagen original de la Virgen de la Merced del mundo).

La Virgen de la Merced en Chile

EL día 3 de julio de 1535 don Diego de Almagro sale de la ciudad del Cuzco con un puñado de valerosos soldados, alentados con la presencia de los dos padres mercedarios. Aquella arriesgada expedición que tenía por objeto el descubrimiento y conquista de Chile, territorio de que tantas veces habían oído hablar a los incas del Cuzco. Para Almagro, este viaje fue una odisea y un desastre: diezmado, derrotado por los indomables araucanos y empobrecido, regresó a Cuzco. Con él,

y en las mismas condiciones físicas, retornaron los mercedarios.

Años más tarde, 12 de febrero de 1540, Pedro Valdivia, procedente también de Cuzco, llega a fundar Santiago de Chile.

La Virgen María bajo el título de la Merced toma posesión de esta tierra el año 1548, cuando llegó a Santiago el primer religioso, el padre Antonio Correa, trayendo la imagen de Nuestra Señora de la Merced. Desde ese momento, gracias a la acción apostólica de los mercedarios, se extiende, con rapidez, la devoción a la Virgen de la Merced en Chile.

La Virgen de la Merced en Argentina

EL lugar destacado de devoción mercedaria en Argentina es Tucumán. Fue fundada por don Diego de Villaruel en 1565, en el llamado sitio de los Campos de Ibatín (unos 60 km al suroeste del centro de la actual ciudad), cercano a la actual ciudad de Monteros. En 1578, los indios solcos (de

Con fundamento se puede afirmar que la primera advocación mariana de toda la América hispana fue y es la Virgen de la Merced: Panamá, Guatemala, México, Venezuela, Colombia, Ecuador, Argentina, Chile y en especial Perú tienen como advocación mayoritaria a Nuestra Señora de la Merced.

la cultura calchaquí), dirigidos por el cacique Gualán, estuvieron muy cerca de arrasar completamente la ciudad.

Los permanentes ataques indígenas fueron una de las razones del traslado de la ciudad en 1685 al sitio llamado La Toma (en lo que hoy es el casco histórico de la ciudad) cerca del cauce del río Salí.

Por los muchos favores que la Virgen de las Mercedes dispensó a los tucumanos, el cabildo en 1687 la nombró patrona y abogada de la ciudad.

A la Virgen de la Merced le acreditan la victoria argentina en la batalla de Tucumán del 24 de septiembre de 1812. En ella se decidió la suerte de las Provincias Unidas del Río de la Plata contra los ejércitos reales de España. Belgrano, el general argentino, puso su confianza en Dios y en Nuestra Señora de las Mercedes, a quien eligió por patrona de su Ejército.

Como era muy devoto de la Virgen de la Merced, Belgrano oró largamente al pie de su imagen antes de la batalla. Y luego de la victoria en acto público y procesión entregó el bastón de mando del ejército

argentino a Nuestra Señora de la Merced, nombrándola «Virgen Generala del Ejército Argentino».

La Virgen de la Merced en México

EL primer sacerdote que pisó tierra mexicana fue el mercedario Bartolomé Olmedo, amigo, capellán y consejero de Hernán Cortés. Aunque en México no pudieron fundar los mercedarios hasta el año 1594 y así penetra, entre los primitivos habitantes de México, la devoción a la Virgen de la Merced, la semilla mariana que aportó el padre Olmedo dará su fruto y los mexicanos concentrarán su amor a María en Nuestra Señora de Guadalupe.

En conclusión: con la evangelización de América, en la que la Orden de la Merced participó desde sus mismos inicios, la devoción a la Virgen de la Merced se extendió y arraigó profundamente en todo el territorio americano. Con fundamento se puede afirmar que la primera advocación mariana de toda la América hispana fue y es la Virgen de la Merced: Panamá, Guatemala, México, Venezuela, Colombia, Ecuador, Argentina, Chile y en especial Perú tienen como advocación mayoritaria a nuestra Señora de la Merced. La devoción a la Virgen en Hispanoamérica será un rasgo distintivo de la religiosidad de estas gentes que quedará arraigado muy profundamente en la piedad popular del pueblo americano.

¡Nuestra Señora de la Merced, libéranos!

«La Virgen Santa, Nuestra Señora de la Merced o, como también la llaman, del Remedio y de Gracia en nuestras necesidades, que suplicamos a Dios y confiamos a su poderosa intercesión. En el original hebreo la expresión que traducimos «amarás al Señor con toda el alma» tiene el sentido de «hasta la última gota de nuestra sangre». Por eso, el ejemplo de María se identifica con este verso del «*Shemá*». Ella se proclama como la «esclava del Señor», y se pone en camino «apresuradamente» (Lc 1, 38-39), para llevar la buena noticia del Reino a su prima Isabel. Es la respuesta de Dios al clamor del pueblo que espera la liberación (cf. Ex 3,7 y Lc 1,13). Así, es maestra de consagración a Dios y al pueblo, en la disponibilidad y el servicio, en la



humildad y la sencillez de una vida oculta, totalmente entregada a Dios, en el silencio y en la oración. Es un compromiso que nos evoca el sacrificio de los antiguos padres redentores, que se quedaban ellos mismos «en rehenes», como prenda de la libertad de los cautivos. Por ello, les ruego que este propósito de ser completamente suyos se refleje no sólo en las obras apostólicas de vanguardia, sino en el trabajo cotidiano y humilde de cada religioso, como también en los monasterios contemplativos que, con el silencio orante y en el sacrificio escondido, sostienen maternalmente la vida de la Orden y de la Iglesia.»

Del mensaje del Santo Padre con motivo del 800° aniversario de la Orden de la Santísima Virgen María de la Merced

A gloria de Dios y en honor de María Auxiliadora

NICOLÁS ECHAVE-SUSTAETA, SDB

El 9 de junio se cumple el ciento cincuenta aniversario de la consagración de la basílica de María Auxiliadora de Turín, construida por iniciativa de Don Bosco en 1868. Este artículo nos recuerda la fecha histórica y tiene como finalidad invitar a los devotos de María Auxiliadora de los cristianos a cantar el himno de su particular agradecimiento a la Virgen.



La basílica a sus inicios

9 de junio de 1868

EL martes 9 de junio de 1868 fue una fecha memorable en la vida de Don Bosco y en la historia de su obra en el mundo. El templo, preanunciado por anticipos celestiales, construido entre indecibles penurias y prodigios extraordinarios, fue finalmente consagrado «a gloria de Dios y en honor a María Auxiliadora». La majestuosa cúpula, digna corona del sagrado edificio, flotaba en el cielo, convirtiéndose en pedestal de la estatua dorada de la Virgen, de cuya boca salieron las palabras proféticas: «Aquí está mi casa, de aquí surge mi gloria».

Y este templo, objeto de intrépidas esperanzas para los buenos y de críticas encarnizadas por parte de los malos, se erguía para anunciar al mundo de entonces, devastado por guerras y feroces persecuciones a la Iglesia, que María era todavía, y lo seguirá siendo durante siglos, el Auxilio de los cristianos.

Las fuerzas adversas habían querido suprimir este título, que les recordaba derrotas humillantes. Pero Don Bosco no había cedido. En el frontón de la nueva iglesia estampada en letras cubitales campeaba el com-

batido título: «*Auxilium christianorum*» en el que se resumen todas las victorias obtenidas por María en el largo recorrido de la historia de la Iglesia.

Ante todo atraía la atención el templo. En su ascenso armónico al cielo, atestiguaba la inmensa fe de Don Bosco, el cual en su extrema pobreza, había querido dar a María una prueba, que durase por los siglos, de su devoción ardiente.

Se habría dicho que todo Turín había acudido allí. Pero no eran sólo turineses aquellos millares de personas. Muchos venían de países del Piemonte, incluso de lugares remotos, muchos de ellos de Lombardía, de Liguria.

Tampoco era sólo la presencia de la devoción, o, para algunos, de la curiosidad. La gratitud impulsaba a Valdocco a muchos que habían experimentado gracias y milagros de María, mientras que muchos otros eran los que esperaban gracias y milagros. Y su esperanza no iba a ser decepcionada: la bendición de la Virgen dada por Don Bosco, parecía tener en aquellos días un poder taumatúrgico más sensible y acentuado que de costumbre.

El papa Pío IX había querido estar presente

en las celebraciones enviando un preciosísimo cirio, que le habían regalado en la basílica de Letrán, y concediendo indulgencia plenaria para los que, en las condiciones habituales, visitasen la iglesia. La presencia de diez obispos, que se alternaron en las diversas funciones durante los ocho días, aumentó la solemnidad de las fiestas.

El rito más solemne y conmovedor fue la consagración del templo, oficiada por el arzobispo de Turín, monseñor Riccardi. Parte de las ceremonias, establecidas por el ritual, se realizaron en la tarde del lunes 8 de junio; no faltó el huracán habitual, que en repetidas ocasiones apareció en la vida de Don Bosco cuando el maligno recibía del Santo una particular derrota. La noche del ocho al nueve transcurrió en vigilia de oraciones y cánticos sagrados. Por la mañana, muy temprano, el arzobispo retomó las misteriosas ceremonias con las que la Iglesia católica consagra los edificios de culto. Duraron cinco horas, hasta las diez y media, cuando se abrieron las puertas de par en par y una gran muchedumbre pudo asistir a la primera misa celebrada por el pastor de la diócesis. Después de él, con gran alegría de corazón y sincera gratitud a María, celebró Don Bosco.

¿No te parece estar en el paraíso?

Por la noche, la multitud era incalculable. De hecho fueron dos las multitudes. Una la que atiborraba la iglesia dentro, y otra, aún más numerosa, la que se agolpaba afuera en la vana esperanza de poder entrar. Las vísperas solemnes habían preparado el ánimo de los fieles presentes; pero cuando se entonó la grandiosa antifona *Sancta Maria, succurre miseris*, compuesta por don Cagliero, la multitud se sintió electrizada.

Tres poderosos coros la interpretaron perfectamente. Ciento cincuenta tenores y bajos en la nave cerca del altar de San José, doscientos sopranos y contraltos, en la parte superior, debajo de la cúpula; el tercero compuesto por otros cien tenores y bajos colocados en la orquesta. Los tres coros, conectados por un dispositivo eléctrico, mantuvieron la sincronización a las órdenes del maestro.

Escribiste el biógrafo, presente en la representación: «En el momento en que todos los coros se unieron para interpretar una sola armonía, se provocó una especie de encantamiento. Las voces se unieron, y el eco las reenvió en todas direcciones de modo que el oyente pudiera sentirse como inmerso en un mar de voces, sin poder discernir cómo y de dónde provenían». Y las exclamaciones, que se escuchaban por doquier, indicaban cómo todos se sentían subyugados por tan alta maestría.

«Parece que estemos en san Pedro», se decía; o:

«Sólo en el paraíso se puede cantar así». Don Bosco mismo no pudo contener la intensa emoción. Y él, que nunca en la iglesia durante la oración, se permitía decir una palabra, volvió los ojos humedecidos por el llanto a un canónigo amigo suyo, y en voz baja le dijo: «Querido Anfossi, ¿no te parece estar en el paraíso?»

Y un nuevo éxtasis se produjo en el *Tantum ergo*, también de Cagliero. Monseñor Gastaldi, obispo de Saluzzo, más proclive a las emociones, expresaba su entusiasmo con amplios gestos de los brazos, mientras que Monseñor Galletti, obispo de Alba, calmado e inmóvil, iba repitiendo: «¡Paraíso, paraíso!».

Al salir de la iglesia, la cúpula fue iluminada por cientos de lámparas de gas para admiración de los fieles, mientras brillaban las doce estrellas que ceñían la cabeza de la Virgen.

Un triunfo de la Iglesia católica

TODO Turín habló del gran evento. La inmensidad del templo, la fastuosidad de las ceremonias, la grandeza de la música habían impresionado a los fieles, que, volviendo a sus hogares, referían las maravillas vistas y escuchadas. Pero Don Bosco tenía el arte de la santa publicidad. No había querido que la fiesta terminara en un solo día, por grandiosa que fuera. Durante la octava, se multiplicaron las funciones, para dar a muchas otras personas la oportunidad de ver, admirar y sobre todo orar.

No sin razón aquellos días se definieron como un triunfo de la Iglesia católica, tanto más notable en el clima corrosivo de la época en que la difamación de los sacerdotes y las cosas sagradas se predicaba como un deber del buen ciudadano y del verdadero patriota.

Las multitudes, especialmente en los días festivos dentro de la octava, siguieron llegando a Valdocco, para mostrar cuán vivos estaban aún los corazones en el amor a María. También la afluencia de sacerdotes fue impresionante: en los ocho días siguientes se celebraron misas en los altares laterales, desde las cuatro hasta las once de la mañana.

Y la Auxiliadora seguía concediendo gracias y prodigios extraordinarios, mientras que aquellos que ya los habían recibido, impulsados por la gratitud, se acercaban a contar públicamente los milagros de María. Ante la narración de estos sucesos milagrosos, la gente se quedaba con la impresión de que María Auxiliadora había abierto los tesoros celestiales, para derramarlos sobre los devotos que la invocaban.

De este sentido de lo divino surgió aquella calma y aquel orden maravilloso, que reinó continuamente entre las decenas de miles de personas, envolviendo a Valdocco en un halo de paz celestial.

La Virgen pensó en todo

PARECÍA en verdad que alguien iba indicando a cada una de las caritativas personas, movidas por gracias recibidas o por devoción, cuanto se necesitaba para aquella solemnidad. Una señora francesa de alto linaje, la duquesa Laval de Montmorency, envió bastantes albas, roquetas, amitos, palias, corporales, manteles, y algunas casullas. Una señora de Florencia ofreció un elegante incensario con naveta. Un señor de Turín proveyó de candeleros, crucifijos y sacras para todos los altares.

En poco tiempo llegó de todo: capas pluviales, dalmáticas, casullas, misales, copones, lámparas para las solemnidades, lámparas ordinarias, aceite para las mismas, campanillas para la sacristía, y para cada altar, custodias, manteles de distintas clases, vinajeras y hasta cuerda para las campanas. De todo, pero de tal modo y medida que ni un solo objeto resultó duplicado y quedaron cubiertas todas las necesidades.

Respecto a la campanilla de la sacristía aconteció lo siguiente: cierto señor de Turín, atormentado por un dolor de cabeza que se extendía hasta la nuca con amenaza de la misma espina dorsal, fue por aquellos días a la nueva iglesia para pedir a la augusta Reina de los Cielos se dignara demostrar su auxilio ante Dios. Pasaba junto a la sacristía y oyó, entre otras cosas, que faltaba todavía una campanilla para la puerta de la sacristía. «Si obtengo algún alivio en mis males, dijo él, proveeré inmediatamente tal objeto». Dicho esto se internó en la iglesia, hizo una breve oración y con gran satisfacción se encontró totalmente curado. Con transportes de alegría cumplió al instante la promesa.

Además de esto, había que preparar comida abundante para todos; para el personal del Oratorio y los mil doscientos alumnos de los dos colegios de Mirabello y Lanzo que habían sido invitados por Don Bosco; para los párrocos y demás sacerdotes que acudieron en buen número desde sus pueblos; para los músicos de fuera: más de quinientas personas. Al mismo tiempo convenía tratar convenientemente a los asistentes a las fiestas.

¿Cómo proveer de todo? Los bienhechores enviaron vino en barriles y cajas de botellas del más exquisito, desde pueblos diversos y lejanos, famosos por sus viñedos. Otros enviaron gran cantidad de mortadela de Bolonia y embutidos de Parma. De Lombardía llegó toda clase de queso y salchichón, frutos tempranos y elaborados, pollos, huevos, carne, café, chocolate, azúcar, galletas y pan de varias clases, que fueron la providencia cotidiana de ocho días. En un solo día llegaron de Milán, de Génova y de Turín tres bonitas y grandes hogazas. Un confitero de la ciudad quiso suministrar gratuitamente durante el octavario caramelos y dulces de toda clase. A medida que iban llegando los regalos se colocaban ordenadamente en

almacenes destinados a ello. Los testigos de tantas provisiones no podían entender lo que pasaba, porque no se había pedido nada. En efecto, muchos donantes eran desconocidos del todo y no habían tenido nunca relación alguna con el Oratorio.

Una misteriosa cita

HUBO dos fechas gloriosas que Don Bosco quiso esculpir en la nueva iglesia, porque son signo del extraordinario poder de la Virgen: 1571, victoria de Lepanto y decadencia del poder otomano. Y otra, que no quiso revelar, que deberá marcar un nuevo y extraordinario triunfo de María Auxiliadora en este siglo.

Nos lo relata el volumen IX de las *Memorias biográficas* en la página 526. Cada uno de los dos campanarios, que flanquean la fachada, debía ir coronado por un ángel en bronce dorado, de dos metros y medio de altura. Don Bosco había entregado el croquis y aún hoy se contemplan. El ángel de la derecha lleva en la mano izquierda una bandera, sobre la que está escrito con gruesos caracteres perforados en el metal: «Lepanto». El de la izquierda está en actitud de ofrecer con la mano derecha una corona de laurel a la Santísima Virgen, que domina la cúpula.

En un primer dibujo también el segundo ángel sostenía una bandera en la que se leía perforado el número diecinueve... seguido de dos agujeros. Indicaba una nueva fecha, es decir, el mil novecientos, omitidas las cifras de las decenas y unidades de años. Después se puso una corona en la mano del ángel; pero los testigos no han olvidado la fecha misteriosa, que, al parecer, indicaba un nuevo triunfo de la Virgen. ¿Quizás la gran presencia de María en Fátima en 1917 con el mayor milagro de todos los tiempos —la danza del sol— y el anuncio de su triunfo final en la historia?

Esa fecha marca uno de los mayores triunfos de María Auxilio de los cristianos.

Una vez más, la Iglesia puede cantar con júbilo: «¡Por tu medio, oh María, hemos recibido la tan ansiada ayuda del Cielo!»

Por qué Don Bosco erigió la iglesia de María Auxiliadora

EN el clima del 150 aniversario de la consagración de la basílica de María Auxiliadora podemos leer con gran interés el hermoso capítulo IX del primer volumen de los *Anales de la Sociedad Salesiana* escrito por Don Eugenio Ceria, biógrafo de Don Bosco. Es una síntesis del pensamiento del santo y de los ideales que animaron al apóstol de la Auxiliadora a erigirle un monumento que iba a tener resonan-

cia mundial. Seguimos su relato con algunos ajustes y reducciones.

La iglesia de María Auxiliadora tiene una importancia excepcional en la historia de la Congregación salesiana. Ésta aún no disfrutaba de existencia canónica; internamente todavía estaba en proceso de formación tanto en términos del número de miembros como en su organización; exteriormente, luchaba contra las inevitables fuerzas adversas para conquistar, como se dice, su lugar bajo el sol.

Para Don Bosco, para la vitalidad de su Obra, se necesitaban tres cosas: un punto firme de apoyo desde donde moverse con seguridad; un hogar sagrado, que fuese como ideal de encuentro unificador de toda la familia; un monumento que hablara al mundo y apareciese a los ojos de lo universal como una consagración viva y perenne de la asociación deseada. Por eso, san Juan Bosco en la iglesia de María Auxiliadora dio al Oratorio su centro, a la Congregación su templo, al mundo un gran santuario.

De esta iglesia, Don Bosco habló explícitamente por primera vez en 1862; pero la había soñado y vuelta a soñar desde 1844. También dio a conocer en 1862 el título que pretendía darle y por qué. «La Virgen —dijo— quiere que la honremos con el título de María Auxiliadora. Los tiempos que corren son tan tristes que realmente necesitamos a la Virgen Santísima para ayudarnos a preservar y defender la fe cristiana». Dos años más tarde, Pío IX, enviando una limosna, expresó la idea de que este hubiera sido un título ciertamente del agrado de la augusta Reina del Cielo. En 1863 se colocó la primera piedra, en 1865 la piedra angular, en 1866 el último ladrillo de la cúpula y en 1868 se celebraba la solemne consagración.

La iglesia madre de los salesianos

EL mismo Don Bosco contó el sueño que tuvo en 1844, cuando aún estaba a la búsqueda de sede estable para su Oratorio. La Señora, explica, se me apareció y me dijo: «Observa». Y yo vi una iglesia pequeña y baja, un pequeño patio y una multitud de jóvenes.

Pero, siendo aquella iglesia demasiado pequeña, recurrí de nuevo a ella y me hizo ver otra iglesia bastante mayor, con una casa al lado.

Luego, me condujo a un lugar cercano, un trozo de terreno cultivado, casi enfrente de la fachada de la segunda iglesia y añadió: «En este lugar donde sufrieron el martirio los gloriosos mártires Octavio y Solutor». Con estas palabras posó su pie sobre el lugar preciso donde había ocurrido el martirio y me lo indicó

con precisión... vi entonces una grandísima iglesia, precisamente en el lugar donde me había señalado el martirio de los santos de la legión tebana, con muchos edificios en torno a ella y un hermoso monumento en el centro».

Una iglesia de tales dimensiones vino a operar una evolución en el lugar donde surgía. Los jóvenes salesianos que veían crecer los muros, no pudieron evitar pensar que el Oratorio se convertiría en algo mayor y mejor que un simple hospicio para niños pobres. Una atmósfera de grandeza iba creciendo en el entorno y ya se respiraba el primer aliento. Don Bosco de vez en cuando levantaba una punta del velo que cubría el futuro; y sus salesianos nutrían un vago presentimiento de ser los pioneros llamados a participar en el comienzo de una obra extraordinaria.

Mientras tanto, él estaba tratando de asegurar que pronto la iglesia de María Auxiliadora se convirtiera realmente en el corazón del Oratorio. Diversas formas

«La Virgen —dijo Don Bosco— quiere que la honremos con el título de María Auxiliadora. Los tiempos que corren son tan tristes que realmente necesitamos a la Virgen Santísima para ayudarnos a preservar y defender la fe cristiana».

de actividad rondaban ya por su mente, que se desarrollarían a la sombra de su cúpula en un mundo de personas; anticipaba ya la alegría que sentiría de ver a todos reunidos bajo sus bóvedas, formando un solo coro, cantando las alabanzas del Señor y de la Virgen, y saciar sus almas en las fuentes de la gracia; se representaba la emulación general para celebrar solememente las principales fiestas, en la magnificencia del culto. El concierto de sus campanas habría recreado y levantado los espíritus mientras las armonías descendían del cielo. Por sus puertas siempre abiertas pasarían grandes y pequeños durante todo el día para ir a rezar ante el tabernáculo de Jesús sacramentado y del cuadro de María Auxiliadora. Magníficos pontificales; funciones diarias hechas no sólo con la gravedad sacerdotal, sino también con la devota participación de nutridos grupos juveniles; la abundancia de la Palabra de Dios. En resumen, una vez erigida la hermosa casa de Dios, él intuía en su interior la piedad, en su exterior la diversión festiva, en su entorno serenidad de sentimientos y de la alegría de la vida, y en su cima la Virgen bendiciendo.

Al siglo y medio de la histórica dedicación, nosotros hoy, recorreremos tan glorioso y fecundo pasado y comprendemos plenamente lo que los primeros testigos no podían sino vagamente adivinar en torno a los

ideales que inspiraron a Don Bosco al hacer surgir su amada iglesia de María Auxiliadora en el suelo bendecido por la sangre de los mártires tebanos. Él quería encender un fuego sagrado, que calentara y volviera a enardecer a generaciones de obreros del Evangelio, enviados a trabajar en la viña del Señor. El sagaz Don Cagliero lo insinuó cuando, al oír a Don Bosco hablar de su plan para levantar esta iglesia, le dijo:

—¿No cree, Don Bosco, que será la iglesia madre de la futura Congregación y el centro desde el cual emanarán todas las obras salesianas?

—¡Lo adivinaste!— le respondió prontamente el santo.

«Una cosa más increíble que la otra»

DON BOSCO, en las cosas que emprendía, elegía ordinariamente el rango más amplio posible de puntos de vista. En la construcción de la iglesia de María Auxiliadora no tuvo como único objetivo el Oratorio, no se limitó a la Congregación, sino que amplió su mirada al mundo entero; quería convertirlo en un santuario mariano, en el que la Madre de Dios fuera universalmente glorificada. Por esto, dirigió sus llamadas al mundo entero; y el mundo no fue sordo a sus invitaciones.

La Virgen no sólo mostró su aprobación, sino que vino poderosamente a ayudar, dispensando en gran cantidad gracias y favores y también prodigios para aquellos que colaboraban en construir, decorar y amueblar el edificio sagrado. Don Bosco, la víspera

En la construcción de la iglesia de María Auxiliadora no tuvo como único objetivo el Oratorio, no se limitó a la Congregación, sino que amplió su mirada al mundo entero; quería convertirlo en un santuario mariano, en el que la Madre de Dios fuera universalmente glorificada.

del inicio de los trabajos, dijo al clérigo Albera: «No tengo ni un céntimo, no sé cómo afrontaré los gastos, pero eso no importa. Si Dios lo quiere, la iglesia se hará». Cuando los trabajos llegaron a su término, escribió: «Todos los días, unos más llamativos que otros, María Auxiliadora ha procurado ayudas para la iglesia. Se necesitarían volúmenes para reseñarlos». Por lo tanto, no fue exagerado decir durante las festividades de la consagración: «María Auxiliadora ha construido su casa».

María construyó su casa y no la abandonó tras haberla edificado. Es una prueba luminosa del hecho de que

la fuente de sus gracias nacida en el santuario nunca se haya secado, lo que explica la extensión de la devoción a María Auxiliadora en todos los rincones de la tierra. La efigie real pintada en el gran cuadro de Lorenzone nunca ha dejado ni de ser reproducida sobre lienzo o modelada en miles de altares, capillas e iglesias, ni de ser grabada en millones de medallas o impresa en todos los idiomas en millones de copias en imágenes para ser usadas por los fieles, o para ser impresas en todas las dimensiones. Todas son recordatorios del santuario de Turín. La fiesta del 24 de mayo tuvo y ha tenido siempre amplia resonancia incluso fuera de Turín, y, como siempre, ha tenido infinidad de imitaciones con fervoroso consentimiento popular. Las peregrinaciones edifican a los fervorosos devotos del santuario con sus manifestaciones piadosas.

Nadie ignoraba a quién se debía una difusión tan generalizada del culto a María Auxiliadora; el pueblo, intuitivo y simplificador, llamó a María Auxiliadora «la Virgen de Don Bosco».

Tres presagios realizados

La iglesia verdaderamente milagrosa de María Auxiliadora: milagrosa, por haber sido mostrada al Santo mucho tiempo antes en su lugar y en su forma; milagrosa en la erección, porque para Don Bosco, pobre y padre de los pobres, sólo los medios que provenían de la Providencia le permitieron levantarla; milagrosa por el río de gracias, que nunca ha dejado de brotar de ella como de fuente inagotable; finalmente milagrosa para las restauraciones, que comenzaron medio siglo después de la muerte del Fundador y se completaron casi increíblemente. Cuando se decidió a hacer el decoro del santuario, que correspondía a tan venerado monumento de la bondad de María, bastó publicar la noticia, para que, como si se hubiera vuelto al momento de la erección, afluyesen las aportaciones de todas partes, no sólo como expresión de intensa piedad filial, sino

también muy a menudo de profunda gratitud por los insignes favores obtenidos, y por eso están actualmente en lugar de honor las reliquias del santo, que gastó su vida en glorificar sin cesar a su patrona celestial. Don Bosco escribía en 1877: «...el recurso a María Auxiliadora va aumentando más y más cada día entre los fieles e induce a afirmar que vendrá un tiempo en que todo buen cristiano, junto con la dedicación al Santísimo Sacramento y al Sagrado Corazón de Jesús, se sentirá orgulloso de profesar una devoción muy tierna a María Auxiliadora».

Esta observación, hecha nueve años después de la

apertura de la iglesia al culto, debe relacionarse con dos afirmaciones de 1862, cuando Don Bosco apenas comenzaba a revelar en la intimidad el secreto de la empresa.

En diciembre de aquel año, mirando a la iglesia de San Francisco, le dijo al clérigo Paolo Albera: «Nuestra iglesia es demasiado pequeña. Haremos otra más hermosa, mayor, que sea magnífica».

Con ese plural «construiremos», dicho a uno de sus sucesores, parecía ir más allá de su propia obra, involucrando incluso a aquellos que vendrían después de él. Si de hecho los dos primeros adjetivos se aplicaban bien a la forma primitiva del sagrado edificio, el tercero tuvo que tener su completa realización más tarde.

Algún tiempo después, tocando el mismo argumento con el clérigo Anfossi, utilizó las siguientes expresiones: «La iglesia será muy amplia. Aquí vendrán muchos a invocar el poder de la Virgen Santísima». Palabras con sabor de profecía.

Amplitud y suntuosidad de la iglesia, fieles que se agolpan y llenan el santuario, devoción mundial a María Auxiliadora: he aquí los tres presagios realizados. En cuanto a la universalidad del culto, le han hecho eco algunos documentos de los sumos pontífices y el mismo Concilio Vaticano II solicitando al mundo católico, ante las graves necesidades del tiempo presente, el poderoso auxilio de María bajo el título de «Auxilio de los cristianos».

La Virgen es Madre de todos nosotros porque cooperó con la caridad para que naciera la Iglesia

«Solamente esta mujer (María) es Madre y Virgen, no sólo en el espíritu, sino también en el cuerpo. No es madre según el espíritu de nuestra Cabeza, el Salvador, de quien más bien es espiritualmente hija, porque también ella está entre los que creyeron en Él y que son llamados con razón hijos del esposo; pero ciertamente es madre de sus miembros, que somos nosotros, porque cooperó con su caridad para que nacieran en la Iglesia los fieles, miembros de aquella Cabeza de la que es efectivamente Madre según el cuerpo».

San AGUSTÍN, *De sancta virginitate*, 6, en *Obras completas de san Agustín*, XII, Madrid 1954, p. 145; PL 40, 399

«Con razón se dice que (María) estaba desposada y era virgen, pues era figura de la Iglesia, que es inmaculada, pero desposada. Nos concibió la Virgen espiritualmente, y nos ha dado a luz la Virgen sin gemido».

San AMBROSIO, *Exp. in Lucam*, 2,7, Madrid 1966, p. 87

Es «Señora de todo el mundo, porque es figura y Madre de la Iglesia, concibiendo en sus castas entrañas, mediante la compasión a los hijos de la Iglesia, los forma en la caridad y los perfecciona haciendo a los hijos de la Iglesia hermanos de su Hijo. De esta forma es madre y señora de todos».

San ALBERTO MAGNO, *De sacrificio Missæ*, 3, 20, *Opera*, edit. Borgnet vol. 38.

La Virgen de Covadonga, protectora de España

MARÍA JAURRIETA MANRESA

El 8 de septiembre de 2017, fiesta de Nuestra Señora de Covadonga, dio comienzo un Año Jubilar para la archidiócesis de Oviedo con motivo del centenario de la coronación canónica de la Virgen de Covadonga, y XIII centenario de los orígenes del Reino de Asturias. Por este motivo CRISTIANDAD vuelve a recordar lo que supuso la protección del Virgen en los inicios de la Reconquista.

AÑO 711, «Los árabes, dominada la tierra junto con el reino, mataron a los más por la espada y a los restante se los ganaron atrayéndolos con un tratado de paz.» Así cuenta la *Crónica de Alfonso III* el asentamiento musulmán en la Península.

Derrotado el último de los reyes godos, D. Rodrigo, los árabes quedaron como dueños y señores de la península ibérica incorporándola al vasto imperio musulmán, dependiente del califato de Damasco. Los visigodos supervivientes tras resistir en el castillo de Amaya y ser vencidos huyeron al norte, hacia la tierra de los francos. Aunque no todos, porque algunos lo hicieron hacia las tierras de los astures, pueblo poco romanizado y controlado a duras penas por el extinto reino visigodo. Entre estos últimos se encontraba un antiguo *espathario* del rey, llamado Pelayo.

La misma crónica narra cómo en este tiempo era gobernador de la tierra asturiana Munuza, que había entrado a la península junto con Tarik. Según las crónicas cristianas, Munuza, que deseaba casarse con la hermana de Pelayo, lo mandó como rehén a Córdoba porque se oponía a la boda. Cuando le llegan noticias de la boda y muy ofendido el caballero godo escapó de la trampa, y «con el mayor ánimo se aprestó a poner en práctica lo que ya tenía pensado en torno a la salvación de la Iglesia». Huyendo, se presentó en la asamblea de los astures, ganando a muchos para su causa y retirándose con ellos a los Picos de Europa a una gran cueva, conocida como Cueva de Santa María.

Ante su rebelión, Munuza solicitó a Córdoba refuerzos para llevar a cabo una expedición de

castigo. Las tropas musulmanas, bajo el mando de Alqama, llegaron a la región de Asturias acompañadas por el obispo Oppas que, según la tradición, fue uno de los que ayudó al musulmán a entrar en la Península. Su consigna: si el tal Pelayo no se rendía obedeciendo al obispo, debían derrotarlo y llevarlo preso a Córdoba. Efectivamente, Pelayo desoyó los consejos del obispo, se negó a negociar la paz y se planteó la batalla, a la que Ricardo de la Cierva califica más bien de *emboscada*.

Se calcula que frente a unos ciento cincuenta mil musulmanes (187.000 según la crónica de Alfonso III) Pelayo disponía de trescientos hombres. Muchos estudiosos opinan que los cristianos inflaron las cifras, para que la victoria fuera épica y milagrosa. Y milagro fue que un puñado de «asnos salvajes» (como los denominaban los musulmanes) derrotara a las victo-

riosas tropas del califa que, fuera su número el que fuera, eran sin duda muy superiores.

Desde la cueva de Santa María los cristianos resistieron el ataque. Tal y como lo narran los escritores de Alfonso III: «Alqama mandó entonces comenzar el combate, y los soldados tomaron las armas. Se levantaron los fundíbulos, se prepararon las hondas, brillaron las espadas, se encrespaban las lanzas e incesantemente se lanzaron saetas. Pero al punto se mostraron las magnificencias del Señor: las piedras que salían de los fundíbulos y llegaban a la casa de la Virgen Santa María, que estaba dentro de la Cueva, se volvían contra los que las disparaban y mataban a los caldeos. Y como a Dios



Juan Pablo II orando ante la Santina

no le hacen falta lanzas, sino que da la palma de la victoria a quien quiere, los caldeos emprendieron la fuga...»

Otras crónicas cuentan cómo Pelayo durante la batalla mantuvo en alto un estandarte, una cruz de madera. La llamada «Cruz de la Reconquista» o «Cruz de la Victoria» está actualmente guardada en la Cámara Santa de Oviedo. Al igual que el emperador Constantino, la crónica cuenta cómo Pelayo vio en el cielo una cruz rodeada de luz con una frase escrita en ella: «*Hoc signo vincitur inimicus*» (se vence al enemigo con el signo de la cruz). Esta cruz es la que vemos representada en el centro del escudo y bandera asturianos.

La Cruz y la Virgen fueron a partir de entonces centro de la vida cristiana del reino de Asturias y León. La devoción a la Santina arraigó en el pueblo asturiano, de tal modo que es costumbre que los emigrantes, al regresar a la patria, pasen a saludar a la *Señora de la Cueva*, la Virgen de Covadonga. Cada 8 de septiembre, tras una solemne y popular novena, se celebra la fiesta de la Virgen.

La Cueva en la que la Virgen había concedido la victoria a las tropas cristianas se convirtió en un lugar de culto no sólo de la Edad Media, sino de toda la historia de España. La tradición atribuye a Alfonso I (yerno de Don Pelayo) en el siglo VIII el primer culto organizado en la Santa Cueva. Alfonso II el Casto colaboró en la construcción de un primer templo en el lugar, el Templo del Milagro. Los archivos recogen regalos, y privilegios que los reyes de España han ido concediendo a este Real. Fernando III el Santo y su hijo Alfonso X el Sabio los ampliaron; Felipe II hizo numerosos regalos, principalmente objetos para el culto, Felipe III concedió privilegios al Abad, su hijo Felipe IV lo convirtió en una colegiata, sustituyendo a la comunidad regular por una secular además de regalar una custodia cuajada de esmeraldas, rubís y brillantes. Ya en el siglo XIX y tras una época de abandono, el obispo ovetense don Benito Sanz y Forés trató de impulsar la devoción a la Virgen. Y lo hizo convirtiendo el lugar en una etapa del camino de Santiago, construyendo edificios para el hospedaje de peregrinos, además de planificar la construcción de una nueva basílica.

Las atenciones que la Madre de Dios ha recibido a lo largo de la historia son manifestaciones del amor de sus hijos, y de cómo el enclave de Covadonga cautiva a todo aquel que la visita. De este encanto no se libró el Santo Padre Juan Pablo II, quien como peregrino a Santiago de Compostela, visitó la basílica primero en 1984 y de nuevo en 1989.

En estas ocasiones, después de orar largo rato a los pies de la Madre, san Juan Pablo II nos recordó dónde buscar y hallar las raíces cristianas tanto de España como de Europa. Todavía se escuchan ecos de la frase del Papa «¡Europa, busca tus raíces cristianas en Covadonga!». Con gran vigor quiso recordarnos que Covadonga es la fuente, el origen de nuestra fe actual:

«Se dirá de Sión: Uno por uno todos han nacido en ella; el Altísimo en persona la ha fundado» (salmo 86, 5). Así es. Cada uno de nosotros ha nacido en Sión el día de la efusión del Espíritu Santo de Pentecostés, cuando nace la Iglesia con la presencia

En Covadonga encontramos los cimientos de una patria cuyo elemento de unión es la fe; Covadonga es el nacimiento de España. Esta tierra se cristianizó bajo la protección de María.

de María. El Señor escribirá en el registro de los pueblos: «Éste ha nacido allí» (salmo 86, 6). Aquí, en el santuario mariano de Covadonga, el pueblo que habita en la península ibérica, y en particular en la tierra de Asturias, percibe de una manera especial su nacimiento por obra del Espíritu Santo.»

Los escribanos de Alfonso III ponen en boca de D Pelayo las siguientes palabras: «Confiamos en la misericordia del Señor, que desde este pequeño monte que tú ves se restaure la salvación de España y del ejército del pueblo godo». En tiempo de Don Pelayo no se soñaba con España, pero en el siglo IX sí hay un ideal de reinos cristianos que combaten unidos por la fe. Y este combate se inicia en Covadonga, bajo el manto de María. A los pies de la Señora de la Cueva debemos buscar las raíces no sólo como cristianos sino también como pueblo.

En Covadonga encontramos los cimientos de una patria cuyo elemento de unión es la fe, Covadonga es el nacimiento de España. Esta tierra se cristianizó bajo la protección de María (tal y como recordamos con la Virgen del Pilar). Fue también bajo su protección que Castilla pudo conquistar y evangelizar América con la fuerza de la Reconquista; o a los Austrias a erigirse en defensores de Catolicismo frente a la herejía protestante. El reino que nace en estas montañas «puso en movimiento una manera de vivir y de expresar la existencia del Evangelio» (de nuevo palabras de Juan Pablo II).

El Papa, tras estas visitas se despidió de nuestra tierra con unas palabras que son el mejor galardón para un pueblo: «¡Hasta siempre, España, tierra de María!»

«Gaudete et exsultate»

Una llamada a la santidad en el mundo actual

JOSÉ MARIA ALSINA CASANOVA, HNSSC

CON el título «Gaudete et exsultate» el papa Francisco acaba de ofrecer a la Iglesia la tercera exhortación apostólica de su pontificado. A lo largo de los 177 números que componen la carta, y en continuidad con el magisterio pontificio reciente, el Papa invita a todos los creyentes a tomarse en serio la llamada universal a la santidad.

En unos tiempos donde la oscuridad parece que venza a la luz, el Papa quiere que la «lámpara del Cordero», encendida en el corazón de la Iglesia, brille con nuevo resplandor ante los ojos del hombre contemporáneo. Esta luz pascual se difunde a través del testimonio probado de los que «en medio de imperfecciones y caídas siguieron adelante y agradaron al Señor». Las continuas alusiones del Papa a tantos de ellos es la prueba más evidente de que la santidad de la que nos habla y a la que nos invita no sólo es una propuesta sino una meta alcanzada por una multitud innumerable de testigos de la fe. Tenemos que mirar a esta legión de escogidos en cuyas filas están no sólo aquellos que han sido beatificados y canonizados sino también la multitud de los santos a los que el Papa ha querido llamar «los santos de la puerta de al lado»: «los padres que cuidan con tanto amor a sus hijos, los hombres y mujeres que trabajan por llevar el pan a su casa, los enfermos, las religiosas ancianas que siguen sonriendo» (GE, 7).

Desde el inicio de la carta el lector se siente interpelado. La invitación del Papa es directa: «lo que quisiera recordar con esta exhortación es sobre todo la llamada a la santidad que el Señor hace a cada uno de nosotros, esa llamada se dirige también a ti» (GE, 10). No cabe por tanto mirar a otro lado ante lo que el Santo Padre va a decir. El que lo lea con espíri-

tu filial encontrará ahí la voz de Pedro que resuena en la conciencia como un aldabonazo para que nos convirtamos, para que caminemos en verdad y para que respondamos a la misión y vocación concreta a la que hemos sido llamados. «Para un cristiano no es posible pensar en la propia misión en la tierra sin concebirla como un camino de santidad» (GE, 19).

El recorrido que nos ofrece el Papa está trazado por el «a priori» de que la obra de la santidad es fruto de la acción de Dios. Nuestro esfuerzo consiste en «dejar que la gracia del Bautismo fructifique en un camino de santidad» (GE, 15). Esta perspectiva sobrenatural preside toda la exhortación. La unidad inseparable entre acción-contemplación; naturaleza-gracia recorre los cinco capítulos. Podemos decir que nos encontramos ante un texto en el que el Santo Padre ha entonado un precioso cántico de alabanza al poder de la gracia misericordiosa de Dios. Frente a este poder parecen alzarse de nuevo dos herejías que sacudieron la vida de la Iglesia en sus inicios: el gnosticismo y el pelagianismo. Revestidas de características particulares en nuestro tiempo, son, nos dice el Papa, «dos enemigos sutiles de la santidad» que acechan al cristiano de hoy en el camino que nos conduce hacia el Cielo. El Papa, ha querido en el segundo capítulo de su carta «llamar la atención acerca de estas dos falsificaciones de la santidad que podrían desviarnos del camino». Respecto a los gnósticos de nuestro tiempo el papa nos dice: «Al descarnar el misterio prefieren un «Dios sin Cristo, un Cristo sin Iglesia y una Iglesia sin pueblo» (GE, 37). En los números dedicados al pelagianismo parece emerger la doctrina de un papa que bebe en su espiritualidad de las fuentes de agua limpia de la doctrina de santa Teresita del Niño Jesús.



Valga como muestra un texto como éste: «Solamente a partir del don de Dios, libremente acogido y humildemente recibido, podemos cooperar con nuestros esfuerzos para dejarnos transformar más y más. Lo primero es pertenecer a Dios. Se trata de ofrecernos a Él que nos primerea, de entregarle nuestras capacidades, nuestro empeño, nuestra lucha contra el mal y nuestra creatividad, para que su don gratuito crezca y se desarrolle en nosotros» (GE, 9).

En el tercer capítulo el Papa nos invita a confrontar nuestras vidas con las bienaventuranzas, en las que se dibuja el rostro de Cristo y a las que él llama: «carnet de identidad del cristiano». La actitud del discípulo tiene que ser la de la escucha. Por ello, Francisco, nos exhorta: «A la luz de las palabras del Señor en el Sermón de la Montaña el Papa nos da las siguientes claves de la santidad cristiana: «Ser pobre de corazón, reaccionar con humilde mansedumbre, saber llorar con los demás, buscar la justicia con hambre y sed, mirar y escuchar con misericordia, mantener el corazón limpio de todo lo que mancha el amor, sembrar la paz a nuestro alrededor, aceptar cada día el camino del Evangelio aunque nos traiga problemas» y concluye: esto es la santidad. A la luz del texto de Mateo 25, «el gran protocolo» debemos de examinar la verdad de nuestro ser cristiano. El «Papa de la caridad» vuelve en este punto a insistir en lo que considera crucial para que la belleza de la Iglesia resplandezca ante los ojos del mundo: «En la llamada a reconocer (a Cristo) en los pobres y sufrientes, se revela el mismo corazón de Cristo, sus sentimientos y opciones, más profundas, con las cuales todo santo intenta configurarse» (GE, 97).

En el cuarto capítulo el Papa enuncia cinco manifestaciones espirituales de la santidad cristiana frente a los riesgos y límites de la cultura de hoy. Frente a la ansiedad nerviosa y violenta que nos dispersa y debilita nos propone centrarnos en Dios que ama y que sostiene, pues «sólo así es posible aguantar, soportar las contrariedades, los vaivenes de la vida, y también las agresiones de los demás, sus infidelidades y defectos» (GE, 112). Frente a la negatividad y la tristeza, el santo ofrece en su vida alegría y el sentido del humor. Frente la acedia cómoda, consumista y egoísta nos propone la «parresía» o audacia. Frente al individualismo nos invita a invertir en vida comunitaria. La última nota espiritual de la santidad es la oración constante. Nos dice el Papa: «no creo en la santidad sin oración». Frente a tantas formas de espiritualidad que emergen en una cultura tan secularizada como la nuestra el Papa nos ofrece los rasgos de la verdadera oración cristiana que debe de ser «memoriosa» recordando las acciones de Dios (GE 153), debe ser «suplicante» porque «la súplica es ex-

presión del corazón que confía en Dios» (GE 154) y debe de llevar a la «adoración» porque «si de verdad reconocemos que Dios existe no podemos de dejar de adorarlo» (GE, 155).

En el último capítulo de la carta el Papa nos habla de la vida cristiana como combate contra el diablo y la necesidad del discernimiento para poder acertar en esta lucha contra las fuerzas del mal. El Papa deja claro que el diablo «no es un mito, una representación, un símbolo, una figura, una idea, sino un ser personal que nos acosa» (GE, 160). Para afrontar este combate nos invita a pertrecharnos de las armas que el Señor nos da: «la oración, la meditación de la

La invitación del Papa es directa: «lo que quisiera recordar con esta exhortación es sobre todo el llamamiento a la santidad que el Señor hace a cada uno de nosotros, esa llamada se dirige también a ti» (GE 10).

Palabra de Dios, la celebración de la Misa, la adoración eucarística, la reconciliación sacramental, las obras de caridad, la vida comunitaria y el empeño misionero» (GE, 162). En un mundo en el que tantas veces se junta el trigo y la cizaña el Papa, como fiel hijo de san Ignacio, insiste de nuevo en la necesidad de formarnos en la escuela del discernimiento para poder elegir bien y ayudar a otros a escoger el verdadero camino. Este discernimiento «supone no sólo razonar bien o tener sentido común, sino también pedirlo al Espíritu Santo» (GE, 166). Aclarando posibles equívocos Francisco precisa sobre el carácter sobrenatural del discernimiento en la Iglesia: «El discernimiento no es un autoanálisis ni una introspección egoísta, sino una verdadera salida de nosotros mismos hacia el misterio de Dios, que nos ayuda a vivir la misión a la cual nos ha llamado para el bien de nuestros hermanos» (GE, 175).

La conclusión de la carta se reviste de un tono entrañable al invitarnos a dirigirnos a la «santa entre los santos», la Virgen María: «la Madre no necesita de muchas palabras, no le hace falta que nos esforcemos demasiado en explicarle lo que nos pasa. Basta musitar una y otra vez: «Dios te salve, María...» (GE, 177).

Uno de los hilos conductores principales del pontificado del papa Francisco es la invitación a la alegría. Con Pedro y bajo Pedro respondamos con confianza y generosidad a la llamada que nos hace el papa Francisco a que brille ante los ojos de nuestros contemporáneos la belleza y la alegría de la santidad cristiana.

«Que Dios nos conceda la gracia de ser pequeños»

En sintonía con la exhortación apostólica del papa «Gaudete et exsultate» sobre la santidad hemos querido reproducir en este número la preciosa homilía del Santo Padre BENEDICTO XVI en la santa misa con los miembros de la Comisión Teológica Internacional en la que el papa Benedicto también habla de la santidad de los pequeños que han amado su pequeñez y se han abierto al don de Dios. Capilla Paulina, 1 de diciembre de 2009

Queridos hermanos y hermanas:
Las palabras del Señor que acabamos de escuchar en el pasaje evangélico son un desafío para nosotros, los teólogos, o quizá sería mejor decir una invitación a un examen de conciencia: ¿Qué es la teología? ¿Qué somos nosotros, los teólogos? ¿Cómo hacer bien teología? Hemos escuchado que el Señor alaba al Padre porque ha ocultado el gran misterio del Hijo, el misterio trinitario, el misterio cristológico, a los sabios y a los doctos –

Precisamente aceptando cada uno su propia pequeñez, haciéndose pequeño como es realmente, llega a la verdad. De este modo, también la razón puede expresar todas sus posibilidades, no se apaga, sino que se ensancha, se hace más grande.

ellos no lo han conocido–, y se lo ha revelado a los pequeños, a los *nèpioi*, a los que no son doctos, a los que no tienen una amplia cultura. A ellos se les ha revelado este gran misterio.

Con estas palabras el Señor describe sencillamente un hecho de su vida; un hecho que comienza ya en tiempos de su nacimiento, cuando los Magos de Oriente preguntan a los competentes, a los escribas, a los exegetas, cuál es el lugar del nacimiento del Salvador, del Rey de Israel. Los escribas lo saben porque son grandes especialistas; pueden decir en seguida dónde va a nacer el Mesías: en Belén. Pero no se sienten invitados a ir: para ellos se queda en un conocimiento académico, que no afecta a su vida; se quedan fuera. Pueden dar informaciones, pero la información no se convierte en formación para su propia vida.

Más tarde, durante toda la vida pública del Señor nos encontramos con lo mismo. A los doctos les resulta imposible comprender que este hombre no docto, galileo, pueda ser realmente el Hijo de Dios. Para ellos es inaceptable que Dios, el grande, el úni-

co, el Dios del Cielo y de la tierra, pueda estar presente en ese hombre. Lo saben todo, conocen también Isaías, 53, todas las grandes profecías, pero el misterio sigue oculto. En cambio, es revelado a los pequeños, desde la Virgen María hasta los pescadores del lago de Galilea. Ellos lo conocen, como lo conoce el centurión romano al pie de la cruz: este es el Hijo de Dios.

Los hechos esenciales de la vida de Jesús no pertenecen sólo al pasado, sino que están presentes, de distintos modos, en todas las generaciones. También en nuestro tiempo, en los últimos doscientos años, observamos lo mismo. Hay grandes doctos, grandes especialistas, grandes teólogos, maestros de la fe, que nos han enseñado muchas cosas. Han penetrado en los detalles de la Sagrada Escritura, de la historia de la salvación, pero no han podido ver el misterio mismo, el núcleo verdadero: que Jesús era realmente Hijo de Dios, que el Dios trinitario entra en nuestra historia, en un momento histórico determinado, en un hombre como nosotros. Lo esencial ha quedado oculto. Sería fácil citar grandes nombres de la historia de la teología de estos doscientos años, de los cuales hemos aprendido mucho, pero a los ojos de su corazón el misterio no se ha abierto.

En cambio, también en nuestro tiempo están los pequeños que han conocido ese misterio. Pensemos en santa Bernardita Soubirous; en santa Teresa de Lisieux, con su nueva lectura de la Biblia «no científica», pero que entra en el corazón de la Sagrada Escritura; y en los santos y beatos de nuestro tiempo: santa Josefina Bakhita, la beata Teresa de Calcuta, san Damián de Veuster. Podríamos citar muchísimos.

De todo esto surge la pregunta: ¿Por qué es así? ¿Acaso el cristianismo es la religión de los necios, de las personas sin cultura, sin formación? ¿Se apaga la fe donde se despierta la razón? ¿Cómo se explica esto? Quizá debemos mirar una vez más la historia. Es verdad lo que Jesús ha dicho, lo que se puede observar en todos los siglos. Sin embargo, hay una

«especie» de pequeños que también son doctos. Al pie de la cruz está la Virgen María, la humilde esclava de Dios y la gran mujer iluminada por Dios. Y también está Juan, pescador del lago de Galilea, pero es el Juan al que la Iglesia con razón denominará «el teólogo», porque realmente supo ver el misterio de Dios y anunciarlo: con ojo de águila entró en la luz inaccesible del misterio divino. Así, también después de su resurrección, el Señor, en el camino de Damasco, toca el corazón de Saulo, que es uno de los doctos que no ven. Él mismo, en la primera Carta a Timoteo, se define «ignorante» en ese tiempo, a pesar de su ciencia. Pero el Resucitado lo toca: se queda ciego y, al mismo tiempo, se convierte realmente en vidente, comienza a ver. El gran docto se hace pequeño y precisamente por eso ve la necesidad de Dios que es sabiduría, sabiduría que supera todas las sabidurías humanas.

Podríamos seguir leyendo toda la historia de este modo. Hago sólo otra observación. Estos doctos sabios, *sofōi* y *sinetōi*, en la primera lectura aparecen de otro modo. Aquí *sofia* y *sinesis* son dones del Espíritu Santo que descansan sobre el Mesías, sobre Cristo. ¿Qué significa esto? Que hay dos usos de la razón y dos modos de ser sabios o pequeños. Hay un modo de usar la razón que es autónomo, que se pone por encima de Dios, en toda la gama de las ciencias, comenzando por las naturales, donde se universaliza un método adecuado para la investigación de la materia: en este método Dios no entra y, por lo tanto, Dios no existe. Y así, por último, sucede también en teología: se pesca en las aguas de la Sagrada Escritura con una red que permite coger sólo peces de una determinada medida y todo lo que excede esa medida no entra en la red y, por lo tanto, no puede existir.

De este modo, el gran misterio de Jesús, del Hijo que se hizo hombre, se reduce a un Jesús histórico: una figura trágica, un fantasma sin carne y hueso, un hombre que se quedó en el sepulcro, se corrompió y es realmente un muerto. El método sabe «captar» determinados peces, pero excluye el gran misterio, porque el hombre se pone a sí mismo como medida: tiene esta soberbia, que al mismo tiempo es una gran necesidad, porque absolutiza algunos métodos no adecuados para las grandes realidades; entra en el espíritu académico que hemos visto en los escribas, que responden a los Reyes Magos: «no me afecta; sigo encerrado en mi existencia, que no se toca». Es la especialización que ve todos los detalles, pero ya no ve la totalidad.

Y está el otro modo de usar la razón, de ser sabios: el del hombre que reconoce quién es; reconoce su medida y la grandeza de Dios, abriéndose con humildad a la novedad de la acción de Dios. Así, precisamente aceptando su propia pequeñez, haciéndose pequeño como es realmente, llega a la verdad. De este modo, también la razón puede expresar todas sus posibilidades, no se apaga, sino que se ensancha, se hace más grande. Se trata de otra *sofia* y *sinesis*, que no excluye el misterio, sino que es comunión con el Señor en el que descansan sabiduría y conocimiento íntimo, y su verdad.

En este momento pidamos al Señor que nos conceda la verdadera humildad; que nos dé la gracia de ser pequeños para poder ser realmente sabios; que nos ilumine; que nos haga ver su misterio de la alegría del Espíritu Santo; y que nos ayude a ser verdaderos teólogos, que pueden anunciar su misterio porque han sido tocados en la profundidad de su corazón, de su existencia. Amén.

In memoriam

El pasado 2 de abril don **José María Martínez-Marí Ódena**, fallecía en Barcelona a los 102 años de edad. Prestigioso abogado y doctor en teología fue un asiduo colaborador de CRISTIANDAD desde 1945 hasta 1961. Así también, el pasado 5 de abril moría en Barcelona don **José María Font i Rius** a los 102 años. Jurista, catedrático de historia del derecho en la Universidad de Barcelona, fue igualmente colaborador de la revista durante muchos años. Ambos serían de los primeros discípulos del padre Orlandis y de los pocos que quedaban de aquellos años. Nos consta que guardaron hasta el final de sus vidas un gratísimo recuerdo de la revista y una comunión de ideales con el magisterio del padre Orlandis. Deseamos para ellos la gloria eterna, recordando aquello que decía el padre Orlandis: que esperaríamos a todos sus discípulos y miembros de Schola a las puertas del Cielo para darles un abrazo.

Los verdaderos desarrollos dogmáticos

JOSÉ IGNACIO ORBE HNSSC

EN un artículo reciente el cardenal G. Müller¹ hacía referencia a la necesidad que tenemos de criterios para diferenciar los verdaderos desarrollos doctrinales de los falsos o corrupciones. Dicho artículo está situado en la polémica sobre las diversas interpretaciones de *Amoris Laetitia*, y en lo desafortunado de la expresión de «cambio de paradigma» que refiriéndose a la exhortación utilizó el cardenal secretario de Estado Parolin en una entrevista, y otros tras él.

No es nuestra intención entrar en este debate – muy justo por otra parte– sino recoger la invitación que nos hacía el cardenal Müller: hemos de encontrar criterios que nos ayuden a diferenciar el verdadero progreso en la inteligencia de la fe de las corrupciones disfrazadas de tal. Para ello queremos volver a repasar la encíclica *Pascendi Dominis Graeci*, cita-

Hay que distinguir entre los desarrollos naturalistas con apariencia de religiosos del verdadero progreso sobrenatural que la Iglesia siempre ha buscado en la comprensión del depósito entregado ya completo por Cristo.

da en el artículo y que tanta luz da a este respecto. La *Pascendi* fue, en efecto, la encíclica con la que san Pío X intentó atajar el fenómeno del modernismo que se desarrollaba a principios de siglo. Fuertemente criticada, o simplemente ignorada, no deja por ello de ser verdadera luz y magisterio que la Iglesia Madre expone en tiempos de confusión doctrinal. Su relectura nunca es tiempo perdido, como trataremos de mostrar.

Hacia la mitad de su artículo, en un párrafo sintético y valiente, Müller contrapone dos modos de entender la evolución de la doctrina cristiana.

«Hablar de un desarrollo de la doctrina no significa, desde luego, interpretar históricamente el cristianismo en los términos del idealismo alemán, del historicismo o del modernismo. Los defensores de estas corrientes consideran a Dios, o el Absoluto, como un “transcendental a priori”, es decir, como

1. Gerardh cardinal Müller, «Development, or corruption?», *First Things*, 10/02/2018

la condición subjetiva necesaria de nuestra razón y de nuestra experiencia, que precede, por lo tanto, a nuestra experiencia y no puede ser objeto de experiencia. En la medida en que el Absoluto es la condición de nuestro pensamiento y de nuestro lenguaje, no puede ser expresado con palabras y conceptos. Según este enfoque, entonces, todos los dogmas de la fe católica son sencillamente fórmulas conceptuales provisionales que expresan el sentimiento religioso, siempre cambiante, de la conciencia colectiva de la Iglesia. “En consecuencia, también esas fórmulas que llamamos dogmas deberán estar sujetas a estas vicisitudes y, por lo tanto, son susceptibles de cambio” (Pío X, *Pascendi*). (...)

»No obstante, por desarrollo de la doctrina Newman –y con él toda la Iglesia– no comprendía un desarrollo según la acepción de la filosofía idealista apenas expuesta. Dicha idea de desarrollo contradice la plenitud de la verdad presente en la persona histórica de Jesucristo, el Verbo de Dios encarnado».

El contraste es claro. Hay que distinguir entre los desarrollos naturalistas con apariencia de religiosos del verdadero progreso sobrenatural que la Iglesia siempre ha buscado en la comprensión del depósito entregado ya completo por Cristo. La cita de la *Pascendi* es, desde luego, oportuna. Y por ello acudiremos de nuevo a ella en busca de estos criterios.

La *Pascendi* comienza haciendo una descripción del modernista filósofo. Comenta dos principios, en realidad las dos caras de un mismo principio incompatible con la filosofía perenne y cristiana: el agnosticismo epistemológico y el principio de inmanencia. Un primer criterio es, por tanto, atender a estos presupuestos metafísicos. Quien defiende desarrollos de la doctrina, pero niega la posibilidad real del hombre de acceder a las cosas y por tanto a Dios, o la trascendencia del mismo respecto de lo creado está sin duda circulando por unos raíles distintos a los de la Iglesia.

«Los modernistas establecen, como base de su filosofía religiosa, la doctrina comúnmente llamada agnosticismo. La razón humana, encerrada rigurosamente en el círculo de los fenómenos, es decir, de las cosas que aparecen, y tales ni más ni menos como aparecen, no posee facultad ni derecho de

franquear los límites de aquéllas. Por lo tanto, es incapaz de elevarse hasta Dios, ni aun para conocer su existencia, de algún modo, por medio de las criaturas: tal es su doctrina».²

«Agnosticismo éste que no es sino el aspecto negativo de la doctrina de los modernistas; el positivo está constituido por la llamada inmanencia vital. El tránsito del uno al otro es como sigue: natural o sobrenatural, la religión, como todo hecho, exige una explicación. Pues bien: una vez repudiada la teología natural y cerrado, en consecuencia, todo acceso a la revelación al desechar los motivos de credibilidad; más aún, abolida por completo toda revelación externa, resulta claro que no puede buscarse fuera del hombre la explicación apetecida, y debe hallarse en lo interior del hombre; pero como la religión es una forma de la vida, la explicación ha de hallarse exclusivamente en la vida misma del hombre. Por tal procedimiento se llega a establecer el principio de la inmanencia religiosa».³



Cardenal G. Müller

Un segundo criterio puede ser analizar las nociones de fe, revelación y dogma que tienen los que claman por su desarrollo. De hecho, reducir la fe a un sentimiento de indigencia de lo divino, la revelación a la toma de conciencia de ese sentimiento y los dogmas a las fórmulas secundarias en las que éste se cristaliza conlleva necesariamente que cualquier desarrollo sea en realidad una alteración íntima y sustancial.

Veamos cómo se pervierte el concepto de fe:

«En efecto, todo fenómeno vital –y ya queda dicho que tal es la religión– reconoce por primer estimulante cierto impulso o indigencia, y por primera manifestación, ese movimiento del corazón que llamamos sentimiento. Por esta razón, siendo Dios el objeto de la religión, síguese de lo expuesto que la fe, principio y fundamento de toda religión, reside en un sentimiento íntimo engendrado por la indigencia de lo divino».⁴

Y cómo se naturaliza la revelación:

«En consecuencia, el sentimiento religioso, que brota por vital inmanencia de los senos de la subconsciencia, es el germen de toda religión y la razón asimismo de todo cuanto en cada una haya habido o habrá. Oscuro y casi informe en un principio, tal

sentimiento, poco a poco y bajo el influjo oculto de aquel arcano principio que lo produjo, se robusteció a la par del progreso de la vida humana, de la que es –ya lo dijimos– una de sus formas. Tenemos así explicado el origen de toda religión, aun de la sobrenatural: no son sino aquel puro desarrollo del sentimiento religioso. Y nadie piense que la católica quedará exceptuada: queda al nivel de las demás en todo. Tuvo su origen en la conciencia de Cristo, varón de privilegiadísima naturaleza, cual jamás hubo ni habrá, en virtud del desarrollo de la inmanencia vital, y no de otra manera».⁵

Y cómo se deforma el dogma:

«El objeto del sentimiento religioso, por hallarse contenido en lo absoluto, tiene infinitos aspectos, que pueden aparecer sucesivamente, ora uno, ora otro. A su vez, el hombre, al creer, puede estar en condiciones que pueden ser muy diversas. Por lo tanto, las fórmulas que llamamos dogma se hallarán expuestas a las mismas vicisitudes, y, por consiguiente, sujetas a mutación. Así

queda expedito el camino hacia la evolución íntima del dogma.»⁶

No sólo puede desenvolverse y cambiar el dogma, sino que debe; tal es la tesis fundamental de los modernistas, que, por otra parte, fluye de sus principios».⁷

Veamos, como tercer criterio, el rol que se da al mismo desarrollo dogmático tan distinto en la Tradición de la Iglesia de sus enemigos y falsificadores. Para el Santo Padre, los modernistas tienen la evolución como algo (demasiado) capital.

Hay aquí un principio general: en toda religión que viva, nada existe que no sea variable y que, por lo tanto, no deba variarse. De donde pasan a lo que en su doctrina es casi lo capital, a saber: la evolución. Si, pues, no queremos que el dogma, la Iglesia, el culto sagrado, los libros que como santos reverenciamos y aun la misma fe languidezcan con el frío de la muerte, deben sujetarse a las leyes de la evolución.»⁸

Sobre el dogma en concreto los modernistas sostienen:

«La evolución del dogma se origina principal-

2. *Pascendi Dominici Gregis*, 4

3. *Ibid.*, 5

4. *Ibid.*

5. *Ibid.* 8

6. *Ibid.* 10

7. *Ibid.* 11

8. *Ibid.* 25

mente de que hay que vencer los impedimentos de la fe, sojuzgar a los enemigos y refutar las contradicciones. Júntese a esto cierto esfuerzo perpetuo para penetrar mejor todo cuanto en los arcanos de la fe se contiene. Así, omitiendo otros ejemplos, sucedió con Cristo: aquello más o menos divino que en Él admitía la fe fue creciendo insensiblemente y por grados hasta que, finalmente, se le tuvo por Dios».⁹

San Pío X insiste en la falsedad de esta evolución y concluye, por ser arrancada de su principio vital (la Tradición apostólica) su destino es la ruina:

«Insistiendo aún en la doctrina de la evolución, debe además advertirse que, si bien las indigencias o necesidades impulsan a la evolución, si la evolución fuese regulada no más que por ellas, traspasando fácilmente los fines de la tradición y arrancada, por lo tanto, de su primitivo principio vital, se encaminará más bien a la ruina que al progreso.»¹⁰

Un último criterio, muy práctico, a la hora de distinguir si el progreso es verdaderamente tal o más bien llevará a la ruina es observar la dinámica del falso progreso que es siempre dialéctica. Así lo hace el Papa en su encíclica:

«En la mente de los modernistas, la evolución proviene del encuentro opuesto de dos fuerzas, de las que una estimula el progreso mientras la otra pugna por la conservación. La fuerza conservadora reside vigorosa en la Iglesia y se contiene en la tradición. (...). Al contrario, en las conciencias de los individuos se oculta y se agita una fuerza que impulsa al progreso, que responde a interiores necesidades y que se oculta y se agita sobre todo en las conciencias de los particulares, especialmente de aquellos que están, como dicen, en contacto más particular e íntimo con la vida.

«Ahora bien: de una especie de mutuo convenio y pacto entre la fuerza conservadora y la progresista, esto es, entre la autoridad y la conciencia de los particulares, nacen el progreso y los cambios. Pues las conciencias privadas, o por lo menos algunas de

ellas, obran sobre la conciencia colectiva; ésta, a su vez, sobre las autoridades, obligándolas a pactar y someterse a lo ya pactado».¹¹

¡Qué familiar nos resulta este proceso! Cuantos análisis de la vida de la Iglesia, como si se tratara de partidos enfrentados, de fuerzas en oposición, tienen subyacente esta falsa dinámica dialéctica. De orígenes hegelianos y popularización marxista, el progreso mediante el choque de dos opuestos y las continuas síntesis superadoras no tiene nada que ver con la mayor penetración por la oración, contemplación y vida de los misterios de la fe que propugna la Iglesia.

Todo ello no significa negar el verdadero desarrollo sino diferenciarlo claramente de sus corrupciones y engaños...

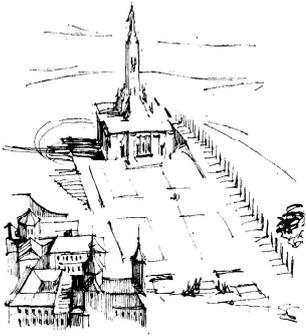
Sin duda, el desarrollo de nuestros conocimientos, aun acerca de la fe, lejos de impedirse, antes se facilita y promueve. Por ello, el mismo Concilio Vaticano prosigue diciendo: «Crezca, pues, y progresa mucho e incesantemente la inteligencia, ciencia, sabiduría, tanto de los particulares como de todos, tanto de un solo hombre como de toda la Iglesia, al compás de las edades y de los siglos; pero sólo en su género, esto es, en el mismo dogma, en el mismo sentido y en la misma sentencia».¹²

Concluamos, pues, a la necesidad que señalaba Müller de criterios para distinguir el verdadero progreso magisterial de las falsas interpretaciones de este, hemos intentado responder con la encíclica de san Pío X. Según el Papa es necesario atender a los presupuestos metafísicos que subyacen en muchas propuestas teológicas. Es también importante analizar los conceptos de fe, revelación y dogma que se manejan. Por otro lado, conceder una importancia demasiado central y desorbitada a la evolución es sintomático de engaño. Por último, la dinámica dialéctica es siempre señal de falso progreso. Una vez más, acudir al magisterio de la Iglesia se nos revela instructivo y clarificador.



San Pío X

9. Ibid. 25
10. Ibid. 26
11. Ibid. 26
12. Ibid. 27; Concilio Vaticano I, Const. *Dei Filius* c.4.



El monumento al Sagrado Corazón de Jesús de Bilbao

LUIS COMAS ZABALA

LA Gran Vía bilbaína termina en un amplio espacio, antes denominado plaza de Bélgica, que pasó a llamarse del Sagrado Corazón de Jesús, al erigirse, en su centro, un monumento dedicado al divino Redentor, inaugurado el 26 de junio de 1927.

En esta plaza, convergencia de rutas de salida y entrada a Bilbao, la imagen del Corazón divino, orientada en dirección a la Gran Vía, centro de la villa, bendice a todos los bilbaínos. Desde su emplazamiento, se atisba al fondo, en la altura, el perfil de la basílica de Nuestra Señora de Begoña, patrona de Vizcaya, cuyo Corazón maternal cobija a todos los vizcaínos, que tanto afecto como devoción le muestran.

El monumento del Sagrado Corazón de Jesús se eleva majestuoso hasta una altura de cuarenta metros, de los cuales siete corresponden a la imagen del Sagrado Corazón. Se compone de un alto pedestal coronado por la figura de nuestro Redentor. El pedestal lo forman un plinto y un alto fuste, ambos de planta octogonal.

La elección del octógono responde a una motivación trascendente. Este polígono es la trasposición geométrica del número ocho, que dentro de la numerología cristiana, es el símbolo de la regeneración. Su forma central, entre el cuadrado, orden terrestre, y el círculo, orden celestial, le da el carácter de regeneración que, durante el Medievo, le llevó a ser empleado en los baptisterios, donde el agua bautismal nos limpia del pecado original y nos permite acceder a la vida eterna.

En cuanto al fuste se distingue una abigarrada base, que ocupa una superficie circular cuyo diámetro es de 21 metros, un pilar y, sobre éste, un pequeño templete que actúa como soporte de la estatua.

La figura del Sagrado Corazón de Jesús, de bronce dorado, se presenta serena

y majestuosa, dirigiendo la mirada a quienes pasan bajo ella. Vestida con túnica y manto, descubre con la mano izquierda su resplandeciente corazón, mientras que la derecha procede a bendecir a quienes pasan junto a ella.

En el remate del templete, al pie de la base de la imagen, figuraba hasta hace poco, escrita en letras doradas, la promesa del Sagrado Corazón de Jesús al beato Bernardo de Hoyos: «*Reinaré en España*». Lamentablemente, en los primeros años de este siglo, aprovechando la última rehabilitación del monumento, se retiraron las letras. Tan esperanzadora promesa continúa en firme, aunque a ella se opongan tanto los condicionamientos políticos de nuestra época como el manifiesto laicismo

que domina la vida social, denunciado por el papa Pío XI, en la encíclica *Quas primas*, al instituir la fiesta de Cristo Rey.

Por desgracia, sufrieron el mismo destino los relieves colocados alternativamente sobre cuatro de las ocho caras de la base del fuste. Estaban dedicados a la Última Cena, a la Virgen María, al camino del Calvario y a la crucifixión.

La iniciativa de la erección del monumento surgió en 1920, como consecuencia de la consagración de España al Sagrado Corazón de Jesús, realizada



Monumento al sagrado Corazón de Jesús en Bilbao

por el rey Alfonso XIII, en el Cerro de los Ángeles, el 30 de mayo de 1919. Un bilbaíno anónimo, socio del Apostolado de la Oración, ofreció una cantidad importante de dinero para su erección, que sería ampliada cuando hiciera falta. La idea encontró buena acogida y una entusiasta colaboración en los centros del Apostolado de la Oración de Bilbao. En ese año, se obtuvo la aprobación y adhesión al proyecto del obispo de Vitoria (la diócesis de Bilbao se creó en 1950) y se nombró una junta ejecutiva integrada por diversas personalidades de la vida bilbaína. Con fecha 1 de enero de 1921 se inició una suscripción pública para recaudar los fondos necesarios.

La junta ejecutiva eligió el emplazamiento y gestionó el permiso de erección ante el Ayuntamiento bilbaíno. En esta tramitación aparecieron muchas dudas y enconadas resistencias. En la sesión municipal del 20 de octubre de 1922, tras un vivo debate, se concedió a la junta del Apostolado de la Oración el permiso de levantar el monumento pero con algunos requisitos previos: la aprobación del proyecto por parte del Ayuntamiento, cuya presentación debía realizarse en el plazo máximo de un año; el solar del emplazamiento se retenía como propiedad municipal y dentro de la comisión de técnicos, que había de elegir el proyecto y examinar las obras, se incluían tres arquitectos nombrados por el Ayuntamiento.

El plazo límite de un año obligó a actuar con rapidez. En enero de 1923, se convocó un concurso de carácter internacional, por la alta calidad artística que se pretendía. El plazo de entrega de los anteproyectos concluyó el 1 de mayo, presentándose alrededor de sesenta trabajos, destacados por su alta calidad. Se seleccionaron cuatro y, al final, se escogió como más idóneo el del arquitecto Pedro Muguruza y el escultor Lorenzo Coullaut Varela. Con fecha 16 de octubre de 1923, el presidente de la junta del Apostolado de la Oración hizo entrega del proyecto en la Alcaldía bilbaína, cumpliendo así el plazo fijado.

El proyecto, elogiado por cuantos lo vieron, tuvo una excelente acogida. Se esperaba una rápida y favorable resolución, pero surgieron contratiempos



porque el nuevo alcalde, de pensamiento político liberal, se resistía al monumento, como muestra el acta de la sesión municipal del 16 de noviembre de 1923, que exponía que «dejando en suspenso la aprobación del informe se acordara exponer a la comisión o junta directiva del Apostolado de la Oración, que el Ayuntamiento vería con agrado que el importe que se destinara a la construcción del monumento lo dedicaran a un asilo nocturno y otra institución de caridad bajo la advocación del Sagrado Corazón de Jesús».

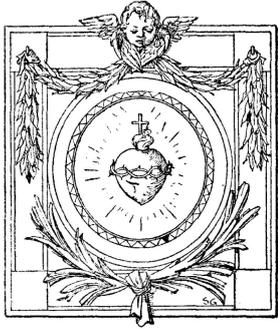
Una parte importante de los concejales y el propio Apostolado de la Oración alegaron que la decisión de erigirlo se había decidido con anterioridad. A propósito del apoyo popular, cabe destacar que ese verano, el nuevo obispo de Vitoria en su primera salutación al pueblo de Bilbao decía: «...me infunde valor y me consuela saber que en este gran pueblo de Bilbao se va a levantar una estatua gigante al sacratísimo Corazón de Jesús...».

Por fin, vencidas las resistencias, se aprobó el proyecto en la sesión del 21 de diciembre de 1923. La colocación de la primera piedra tuvo lugar el 29 de junio de 1924, y la inauguración del monumento, el 26

de junio de 1927. Ambos acontecimientos se realizaron con gran solemnidad y manifestaciones de júbilo popular, con una asistencia multitudinaria, Bilbao engalanado... El nuncio de Su Santidad bendijo el monumento y el presidente de la Diputación consagró Vizcaya al Sagrado Corazón de Jesús.

En la memoria histórica de la villa se recuerda que el 11 de junio de 1733, Bilbao fue testigo de un hecho singular: en la iglesia de san Antón, el padre Agustín de Cardaveraz S.J. pronunció el primer sermón en España sobre la devoción al Sagrado Corazón de Jesús. El apoyo popular a la erección del monumento se considera uno de los frutos de aquel legado¹ del misionero popular jesuita, enamorado del Corazón divino de nuestro Redentor, que sembró en su breve estancia en Bilbao.

1. «Recuerdos y legado del padre Agustín de Cardaveraz. Su estancia en Bilbao (1731-1734)» CRISTIANDAD núm. 875-876 (Junio-Julio 2004).



La devoción al Corazón de Jesús en la Iglesia

El Corazón de Jesús y el Corazón de María

Juan Pablo II, Visita pastoral a Véneto (15-17 de junio de 1985)

A las religiosas benedictinas, en Vittorio Veneto, 15-junio-1985.

A cuanto os digo en el mensaje que os dejo, quisiera añadir una palabra, inspirándome en la fiesta litúrgica que ayer vivimos y todavía vivimos hoy: la solemnidad del Sagrado Corazón de Jesús, hoy casi completada por la conmemoración—yo diría también la fiesta— del Corazón Inmaculado de María. Por consiguiente, os saludo en este Corazón, en el Corazón de Jesús a través del Corazón de María, Corazón Inmaculado, y os acerco a todas a este Corazón de María que sabía aprender —de modo extraordinario— del Corazón de su Hijo. Normalmente son los hijos los que aprenden del corazón de las madres. Pero, con el tiempo, también las madres comienzan a aprender del corazón de los hijos. Esto se verificó de modo excepcional, sobrenatural, divino, entre los dos Corazones de Jesús y de María, de María y de Jesús. Aquí tenemos un Corazón experto, profundamente experto en los misterios de la Santísima Trinidad, de los designios divinos, un Corazón experto en el misterio de la creación a la luz del misterio de la Redención. Un corazón expertísimo. Ningún corazón humano, aparte el del Redentor, que es un Corazón divino, es tan experto en el misterio de la Redención como el Corazón de María, Corazón Inmaculado. Tenía que ser inmaculado para poder ser perfectamente sensible a todo lo que venía del Corazón divino de su Hijo, a todo lo que venía —digamos también del Corazón eterno de la Santísima Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo. Por esto, tenía que ser inmaculado. He aquí el misterio litúrgico del día en que nos encontramos. Queridas Hermanas, quiero encontraros en este misterio. Naturalmente, sin la pretensión de poderlo explicar en su plenitud, en su profundidad; quiero, al menos, tocar este misterio de ayer y de hoy, ambos profundamente unidos».

Angelus dominical en Treviso, 16-junio-1985.

LA hora del Ángelus nos invita a dirigir la mirada a María ...

Mediante el Corazón inmaculado de María queremos dirigirnos al Corazón divino de su Hijo, al Corazón de Jesús, de majestad infinita.

Esto es: la infinita majestad de Dios está escondida en el Corazón humano del Hijo de María.

Este Corazón es nuestra Alianza.

Este Corazón es la máxima cercanía de Dios a la vista de los corazones humanos y de la historia humana. Este Corazón es la maravillosa «condescendencia» de Dios: el Corazón humano que late con la vida divina: la vida divina que late en el corazón humano.

En la Santísima Eucaristía descubrimos con el «sentido de la fe» el mismo Corazón.

El Corazón de majestad infinita, que continúa latiendo con el amor humano de Cristo, Dios-Hombre.

¡Cuán profundamente ha sentido este amor el santo papa Pío X, ya patriarca de Venecia!

Cuánto ha deseado que todos los cristianos, desde los años de la niñez, se acercaran a la Eucaristía, haciendo la Santa Comunión: para que se unieran a este Corazón,

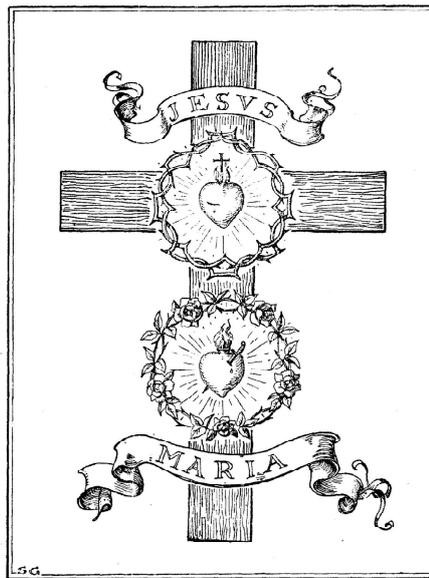
que para todo hombre es al mismo tiempo «Casa de Dios y puerta del cielo».

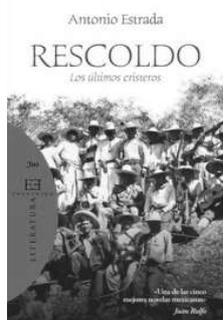
«Casa», he aquí que, mediante la comunión eucarística, el Corazón de Jesús extiende su morada a todo corazón humano.

«Puerta», he aquí que, en cada uno de estos corazones humanos. El abre la perspectiva de la eterna unión con la Santísima Trinidad

Madre de Dios! Mientras meditamos el misterio de tu Anunciación, acércanos este Corazón divino.

Este corazón que desde el momento de la Anunciación del ángel, ha comenzado a latir junto a tu corazón virginal y materno.





Rescoldo: los últimos cristeros
Antonio Estrada
Encuentro 2010

FRANCESC M^a MANRESA I LAMARCA

LA editorial Encuentro en su sección de Literatura nos ofrece una novela recomendada por el mismísimo Juan Rulfo; pero *Rescoldo* no es una novela etiquetable, con perdón, no es ni siquiera una novela. *Rescoldo* es la vida; es una vida al límite, admitámoslo, y no hay drama que la iguale ni novela que se le asemeje; no hay teatro que la interprete ni pasión que la alcance. No hay rebajas, no hay exageraciones ni concesiones... es veraz, es dura, es sincera, es grandiosa y a la vez pequeña, es épica y cercana.

Rescoldo es una ventana a lo mejor y lo peor de aquella realidad mejicana: la dureza de la persecución, la aspereza de un camino, el dolor de una herida, el desgarrar de una pérdida, el lloro de una madre, la contracción del miedo, el fragor de una batalla, la soledad de la duda, el resquemor de un odio, el palpito de un corazón a la fuga, el sabor de la amargura, la belleza de un paisaje, el encanto de una flor, el recuerdo en un aroma, el calor de un abrazo, el cariño de los propios, el peso del deber y el consuelo de una fe inquebrantable...

¿El marco? La segunda cruzada cristera. Como el tímido rebrotar de una llama que se yergue al azote del viento contra unas brasas extenuadas, así nació aquella guerra; al calor, o mejor, al amor del rescoldo que aún perduraba en los corazones de algunos cruzados de la primera cristiada. No es el resentimiento, es el amor a Dios y el amor a la patria lo que mueve el corazón magnánimo y valiente del coronel Lencho Estrada y lo lanza

de nuevo al monte al grito de «¡Que viva Cristo Rey!»

En una escritura mejicana cien por cien, en un lenguaje que nos es extrañamente familiar y complejo, de una belleza inusual y exquisita, quien nos lo describe es su hijo Antonio: un escritor del que todo el mundo hablaría si no fuera por su origen y por sus convicciones. Su memoria, escondida en estas líneas, ha vivido clandestina durante años ante la persecución de unos gobiernos ateos, masónicos y crueles. Él lo vive y lo cuenta. Él lo siente y nos lo hace sentir. Compartir sus sentimientos es algo inevitable. Queda advertido: todo lo arriba escrito lo sentirá y mucho más. Si no ha llorado jamás, llorará; si no ha visto la sierra de Durango, la verá; si no ha conocido el miedo, lo conocerá; si no ha palpado al valor, lo palpará; si no se ha sentido nunca desolado, se sentirá; si no le ha dolido jamás un libro, le dolerá.

Dios es lo primero y esta frase sencilla exige algunas veces acciones heroicas. Lencho Estrada, su familia y sus cristeros son hoy nuestros héroes. Pero el coronel, el esposo, el padre, el amigo, el hijo fiel de la verdadera Iglesia de Cristo tiene un corazón como pocos: entre incomprensiones, entre odios, entre el clamor de la necesidad más elemental y primaria... el honor de Dios, el deber de la lucha *pro aris et focis* se le imponen. Y ese corazón heroico, con sus limitaciones y sus virtudes, es el que nos va a meter el autor, sin pedirnos perdón ni permiso, entre pecho y espalda. No quiera huir, sienta; Dios hará el resto.



Hemos leído

ALDOBRANDO VALS

Desde el corazón de un joven padre

El arzobispo de Filadelfia, Charles J. Chaput, ha hecho pública una emotiva carta a propósito del próximo Sínodo sobre los jóvenes. Escribe Chaput que «los obispos reciben una gran cantidad de correos no solicitados de extraños, algunos de ellos agradables, otros mucho menos. Va con el trabajo. Pero de vez en cuando aparece una carta que vale la pena compartir con un público más amplio... Aunque he eliminado el nombre del autor, no he modificado el contenido, que hago público con su permiso».

A continuación, reproduce la carta:

«Tengo 26 años, soy padre de tres niños pequeños y deseo ofrecer mi punto de vista, compartido por muchos de mis compañeros, sobre el próximo Sínodo [sobre los “Jóvenes, la fe y el discernimiento vocacional”].

[...] Nosotros, los jóvenes, deseamos la verdad y la claridad de una buena enseñanza. En un plano secular esto se evidencia por el ascenso meteórico en popularidad de Jordan Peterson. Anhelamos la verdad, sin importar cuán contundente o difícil sea para nosotros digerirla o para los pastores de nuestro rebaño enseñarla.

»Nuestra cultura está confusa y turbia acerca de los principios básicos de la naturaleza humana: desde muy pequeños nos inundan de propaganda que distorsiona las verdades científicas básicas sobre el género, pinta la virtud y la caballeridad como si fueran “masculinidad tóxica”, denigra a

la familia y profana la naturaleza del sexo y sus frutos, especialmente el niño por nacer.

Necesitamos urgentemente la claridad y la guía con autoridad de la Iglesia sobre cuestiones como el aborto, la homosexualidad, la disforia de género, la indisolubilidad del matrimonio, los cuatro novísimos y las consecuencias de la anti-concepción (moral, antropológica y abortiva). Mi generación nunca, o rara vez, ha escuchado estas verdades enseñadas con amor en las parroquias. En cambio, escuchamos de manera más enfática y frecuente, tanto desde la conferencia episcopal como desde nuestras diócesis, acerca del presupuesto federal, la política fronteriza, la neutralidad de la red, el control de armas y el medio ambiente.

Cada vez más notamos una rendición a la cultura moderna bajo la amplia tapadera de la sensibilidad pastoral [...]. Este alejamiento de la claridad desmoraliza a los jóvenes católicos fieles, particularmente a mis amigos que crían a sus hijos en contra de una marea cultural cada vez más fuerte. Muchos de ellos, que son conversos o han vuelto a la Iglesia después de haberse alejado de ella durante años, citan específicamente enseñanzas como *Humanae vitae*, *Familiaris consortio* y *Veritatis splendor* como faros que marcan y distinguen a la Iglesia y su sabiduría del mundo y de otras creencias. Pero ahora tienen que escuchar desde algunos de los más altos niveles de la Iglesia que estas enseñanzas liberadoras son ideales poco realistas y que la “conciencia” debería ser el árbitro de la verdad.

Los jóvenes católicos anhelan la belleza que guió e inspiró a las generaciones anteriores de cristianos durante casi dos milenios. Muchos de mi generación hemos crecido rodeados por iglesias modernas, insulsas, feas y, a menudo, francamente contrarias a toda mística, por tabernáculos ocultos y música litúrgica moderna y banal, más adecuada para las obras teatrales de segunda fila de Broadway. El efecto desastroso que ha tenido este “catolicismo beige” (en palabras del obispo Robert Barron, quien lo describe acertadamente como “el dominio de la cultura predominante sobre el catolicismo”) en mi generación no puede exagerarse. En un mundo moderno de vulgaridad sin alma, estamos frustrados por la iconoclasia de los últimos 60 años.

En resumen, muchos de nosotros sentimos que somos los herederos legítimos de miles de años de rica enseñanza, tradición, arte, arquitectura y música. Los jóvenes católicos reconocemos cada vez más que estas riquezas serán cruciales para evangelizar a nuestros semejantes y transmitir a nuestros hijos una Iglesia floreciente. Si la Iglesia abandona sus tradiciones de belleza y verdad, nos abandona a nosotros.

Ofrezco estas observaciones sin amargura ni insultos, sino con amor hacia mis hermanos y hermanas que no han recibido la bendición, el amor y la formación que misteriosamente Dios nos otorgó a mí y a mis amigos. No estoy solo. Aunque estamos profundamente preocupados por el estado actual de las cosas, mantenemos la esperanza; y arraigados

en esa confianza, estamos criando familias numerosas que heredarán el futuro de la Iglesia. Espero sinceramente que esto pueda expresarse con fuerza en el próximo sínodo y agradezco a cada pastor y obispo que se mantiene como un modelo para evangelizar, predicar la verdad y promover la belleza y la riqueza que nuestra fe tiene para ofrecer».

Concluye Mons. Chaput: «Poco puedo añadir a este testimonio. Simplemente sugeriré lo obvio: el futuro de la fe católica pertenece a aquellos que lo crean con su fidelidad, su sacrificio, su compromiso en traer nuevas vidas al mundo y criar a sus hijos en la verdad, y su determinación de caminar la “senda estrecha” de Cristo con alegría. Que Dios otorgue a los padres sinodales de 2018 la gracia y el valor para guiar a los jóvenes por ese camino».

A propósito de Alfie Evans

Todos hemos seguido con atención y oración los sucesos que han marcado los últimos días de vida del niño Alfie Evans. Se ha escrito tanto que es imposible reseñarlo todo, pero no podemos dejar pasar la ocasión de reproducir algunos de los textos que mejor nos pueden orientar.

Escribe Miguel Ángel Quintana en The Objective que «en el Imperio romano la tasa de mortalidad infantil superaba el treinta por ciento. Cuando nace un pequeñuelo, se le pone a los pies del padre y sólo si éste lo alza en brazos se considera que lo ha reconocido; de no hacerlo, se abandonará a la criatura, que morirá de hambre o quién sabe si saciará la de los perros. También puedes, en lugar de abandonarlo, “exponerlo” (tracemos distinciones): en este caso el bebé se convertirá en “expósito”, cualquiera podrá recogerlo por la calle y llevárselo a casa.

[...] Esta mentalidad sólo cambiará cuando el cristianismo comience a echar raíces por los predios de Roma, condene taxativo el infanticidio e incluso equipare el mundo infantil con el Reino de los Cielos (Mc 10-14). Empieza entonces a fraguarse una idea extraña, que ya los estoicos habían avanzado: la de que los seres humanos (a diferencia de los caballos, las monedas o las fincas) no tenemos mayor o menor precio, sino que el valor de todos nosotros es idéntico y es máximo. Surge ahí lo que llamamos desde entonces “dignidad” humana. Lo que ha configurado, mal que bien, Occidente a lo largo de dos milenios: nuestras leyes, nuestra moral, nuestra cultura. También nuestra tranquilidad.

Hace unos pocos siglos las cosas, empero, comenzaron de nuevo a mutar. La idea de dignidad empezó a parecer demasiado vaporosa. ¿Dónde está, por qué no encontramos al abrir un cuerpo, esa cosa llamada dignidad que hay que respetar a toda costa? También empezó a parecer una idea demasiado exigente: ¿por qué habría yo de respetar esa presunta dignidad de todos?

Surgieron entonces dos propuestas que hoy ya han cuajado lozanas. La primera reza así: quizá baste con los sentimientos de compasión que sentimos de modo natural unos humanos hacia otros para ir tirando; quizá no haga falta hablar de absolutos como la dignidad o como los mandatos divinos o elevar al ser humano con un valor incomparable al del resto de las cosas. Las normas absolutas se sustituyeron entonces por la empatía.

[...] La segunda novedad, consecuencia de la anterior, que desde hace unos pocos siglos ha ido cristalizando a nuestro alrededor es que lo importante no es tanto la vida, o el sentido de esta, o su dignidad, palabras todas ellas demasiado rimbombantes para noso-

tros, meros mortales. Seamos más humildes: lo que de verdad cuenta es pasarlo bien y evitar pasarlo mal. La vida es una cuenta corriente en que tienes que acumular ingresos de felicidad y disminuir los gastos que cualquier dolor le supone. Si en tu cuenta corriente empiezas a tener demasiados gastos o entras incluso en números rojos, esa cuenta valdrá menos (lo sabe cualquier banquero) que la de un tipo, más acomodado, que ingrese más y más placeres. De hecho, párate y reflexiona: ¿tiene de verdad sentido que mantengas una cuenta de ahorro en que sólo sustraes cantidades y apenas eres capaz de acumular experiencias positivas? ¿Qué aportas al bienestar de tu nación si sólo te pierdes en dolores y no contribuyes con alegrías?

[...] Alfie está enfermo, muy enfermo. No se sabe bien de qué, pero los médicos calculan que no le queda por delante mucho tiempo. Su estado es semivegetativo. Unos jueces ingleses han decidido entonces que su vida no merece los gastos que exige conservarla. Los padres de Alfie piensan de manera diferente. Italia ha concedido la nacionalidad a Alfie Evans para facilitar que sea trasladado al hospital Bambino Gesù de Roma, ciudad donde ahora tratan a los niños con dificultades en lugar de dejarlos, como antaño, expósitos. Pero los jueces británicos se niegan a permitir semejante traslado: han hecho sus cálculos y creen que eso no causará al niño ningún bienestar reseñable. Pues, recordemos, las cuentas corrientes de nuestros bienestares es lo único que importa, no la vida sin más.

Alfie fue desconectado de cualquier soporte vital terapéutico hace tres días (cuando redacto estas líneas), mas pese a ello sobrevive, para sorpresa de todos (se ve que los médicos no son infalibles al tasarnos cuánto nos queda de vida y si merece la pena que la vivamos). Aun así, el padre tuvo

que suplicar el martes pasado que le den un poco de agua al niño, tras seis horas y una larga conversación con los médicos (quizá andaban algo molestos con que su previsión de muerte inmediata de Alfie no se hubiese cumplido).

Recurso tras recurso, los jueces han dictaminado que a Alfie le conviene (“*it’s in his best interest*”) que se le facilite morir cuanto antes. Recurso tras recurso, los jóvenes padres de Alfie (Tom y Kate), se empeñan en que la vida de su hijo tiene sentido digan lo que digan los tribunales. Diga lo que diga el saldo de su cuenta corriente de placeres. Diga lo que diga la mentalidad compasiva que cree que, en el fondo, le haces un favor a un enfermo cuando, para acabar con su enfermedad, lo eliminas a él también.»

En la misma línea escribía Enrique García Máiquez que «si una lección nos da Alfie Evans, es que hay una inutilidad más importante que todos los imperios. Un amigo ateo y partidario de la eutanasia está espantado con lo que ocurre. Porque Alfie nos avisa de lo que esconden los buenos deseos de la demagogia indolora, la solidaridad subvencionada y el humanitarismo al por mayor. Un peligro repugnante se cierne sobre nuestra libertad y nuestra dignidad. Si, a partir de ahora, alguien se espanta cuando le toque el turno, habrá

que espetarle: “¿Para qué crees tú que vivió Alfie?”».

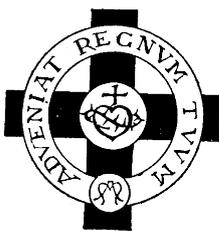
Porque si algo ha quedado claro, en palabras del profesor don Roberto Colombo, genetista de la Universidad Católica de Roma y miembro ordinario de la Pontificia Academia para la Vida, es que «al igual que con el pequeño Charlie Gard, también con Alfie se está en presencia de un “encarnizamiento tanatológico”, es decir, de una obstinación ideológica y carente de un razonable fundamento clínico y ético para poner fin a la existencia del niño. Los ingleses se refieren al encarnizamiento terapéutico con el término “obstinación terapéutica”, pero en este caso se podría hablar de “obstinación anti-curativa”. Esto es lo contrario de los auténticos cuidados paliativos, que prevén hacerse cargo del paciente incurable hasta el último instante de su vida, sin procurar anticipar su muerte con una eutanasia por omisión. La medicina tiene necesidad de liberarse de una ideología mortal que niega de raíz su vocación al servicio de la vida».

Una ideología mortal que viene de lejos. Lo señalaba David Warren en *The Catholic Thing*: «la legalización del aborto lleva inevitablemente a esto. Si las personas, incluidas sus propias madres, pueden escoger y elegir qué bebé por nacer es “querido” (y por lo

tanto el equivalente moral de un ser humano) y cuáles son “no deseados” (y por lo tanto el equivalente moral de un gato enfermo), las puertas del Infierno quedan abiertas”. Añade Warren, a propósito del despliegue de policía para impedir que los padres pudieran llevarse a Alfie del hospital donde estaba retenido, que “esto era también previsible. Cuando se adoptan políticas que son *contra naturam*, es necesario imponerlas. Los defensores del antiguo orden deben ser silenciados, por temor a que se organicen. Para lo que llamaré el “liberalismo post aborto”, la oposición ya no es una cuestión de libertad de expresión. Es un acto de rebelión contra su dictadura del relativismo. Alfie debe morir, y los que piensan lo contrario son enemigos jurados del Estado”.

Por último, vale la pena detenernos en la valiente y clarificadora nota de Mons. Juan Antonio Reig Pla, donde advertía de que “lo que está sucediendo con este niño es un ataque a la institución familiar[...] Es necesario recordar el derecho-deber de los padres a custodiar el bien de sus hijos, ya que “es tal la patria potestad, que no puede ser ni extinguida ni absorbida por el poder público, pues que tiene idéntico y común principio con la vida misma de los hombres.” (León XIII, encíclica *Rerum novarum*, 10)».

INTENCIONES DEL PAPA ENCOMENDADAS AL APOSTOLADO DE LA ORACIÓN



Mayo

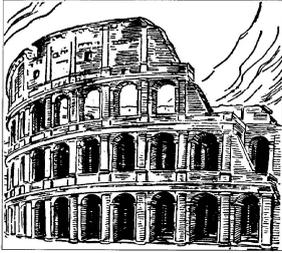
Por la evangelización: La misión de los laicos

Para que los fieles laicos cumplan su misión específica poniendo su creatividad al servicio de los desafíos del mundo actual.

Junio

Universal: Las redes sociales

Para que las redes sociales favorezcan la solidaridad y el respeto del otro en sus diferencias.



Iglesia perseguida

Swetha, cristiana *dalit*: «Cuanta más fe tengo, más fuerte soy»

JOSUÉ VILLALÓN
AYUDA A LA IGLESIA NECESITADA

Madre de tres hijas. Su marido durante años no trabajaba y no tenían qué comer. Sus vecinos católicos les ayudaron

SWETHA tiene unos 40 años, está casada y tiene tres hijas. Vive en una pequeña choza en la diócesis de Buxar India), donde la fe llegó hace menos de 70 años. A Kerala, al suroeste del gigante país, ya llegó el apóstol Tomás sólo 52 años después de la muerte de Cristo y en Goa estuvo san Ignacio de Loyola. Pero al norte de la India, un país vastísimo que tiene una superficie 6,5 veces la de España, el anuncio de un Dios salvador del hombre apenas se conoce.

En una choza de no más de diez metros cuadrados vive Swetha con su familia. Se levanta al amanecer para recoger los excrementos de las vacas y moldearlos en forma de tortas para ponerlos al sol a secar. Con ellos podrá encender el fuego y calentar algo para comer, si el marido ha conseguido alguna rupia ese día con que comprar algo en el mercado.

Ser *dalit* o intocable

Los *dalits* del norte de la India más afortunados encuentran trabajo como limpiadores de letrinas, barrenderos o agricultores sin tierras. Trabajan en régimen de semiesclavitud y se les trata como si fueran animales. En el hinduismo un *dalit* no es considerado persona. No tiene ninguna posibilidad de prosperar en la vida (se nace y se muere *dalit*) y será tratado como un perro. En teoría en la Constitución el sistema de castas está abolido, pero en la realidad no es así.

Un día Swetha cayó gravemente enferma por

las pésimas condiciones de vida y por las palizas de su marido, desesperado por la situación. El hombre buscó en sus vecinos consuelo cuando su mujer estaba a punto de morir. Rezaron juntos. Sus vecinos, con los que nunca había cruzado una palabra, eran católicos. Swetha sobrevivió y los buscó para agradecerle su preocupación por ella. Su vecino un día le dijo que siempre rezaba por ella y le propuso

ir a misa a la misión de la iglesia más cercana. «Vi el Cielo en la tierra»

Swetha accedió. «Nunca me había sentido tan acogida. Percibí una alegría que no había sentido nunca. Vi en el Cielo en la tierra. Si existía el Cielo, era allí», cuenta recordando ese primer día.

Desde entonces, no faltó a la misa dominical. A su marido y a su familia política hindú no le gustaba la

idea y empezaron más problemas. Una mujer en el norte de la India sufre una triple discriminación: por mujer, *dalit* y católica. No tiene opinión. Cuando se acerca al cristianismo, la burla, la presión, el aislamiento y la hostilidad contra ella no tienen freno.

«Cuando más conocía a Jesús, el conflicto con mi marido se intensificó. Un día destruyó mi Biblia. Sentí como si hubiera destruido mi vida. Otro día me golpeó con una barra de hierro. Sentí que Jesús estaba conmigo y apenas sentí daño», recuerda.

En el pueblo la señalaban. En la India cada vez más existe un pensamiento nacionalista según el cual todo nacido en la India tiene que ser hindú y el resto de religiones son influencias extranjeras, motivo por el cual este país aparece con luces de alarma en los informes de libertad religiosa de Ayuda a la Iglesia Necesitada.

Para los *dalits* como Swetha el anuncio cristiano



es una auténtica revolución. Un Dios que quiere al hombre, cercano, que considera a todas las personas iguales y dignas de su amor... Cuando lo conocen le entregan su vida. Por eso en el norte de la India el anuncio de Jesús está siendo recibido por estos *dalits*, los últimos de los últimos, los que no pueden perder nada porque no tienen nada.

Poco a poco también el marido de Swetha fue cambiando. «Rezaba por él todos los días», cuenta ella. Un día empezó a ir a la iglesia. Y así Swetha, su marido y sus hijas encontraron la fe. Viven con la incompreensión y el rechazo de sus vecinos, que le mojan cada mañana las tortas de excrementos de animales para hacer fuego; ella, cada mañana, los perdona. Su familia política los abandonó, pero ella se mantiene en pie. «Cuanta más fe tengo, más problemas tengo y más fuerte soy», dice.

Mokum Amah, Hogar de la Madre

Los cristianos y no cristianos del estado de Bihar, al noreste de la India tienen un lugar especial donde acudir en busca de luz, paz y consuelo. Mokum Amah o Mokama es un santuario mariano perteneciente a la diócesis de Patna. Un grupo de colaboradores de la fundación pontificia Ayuda a la Iglesia Necesitada comparten su reciente visita al lugar: «Llegamos allí de noche, la víspera de la gran novena que precede a su fiesta. Allí, vestida con un sari amarillo nos esperaba la Madre de la Divina Gracia. Nos ofrece a su Hijo, al Niño Dios, que con los brazos extendidos nos acoge a todos. Nos muestra el amor misericordioso de Dios».

«Tenemos el privilegio de asistir a una misa íntima, presidida por Monseñor William D’Souza, el arzobispo de Patna. Le sigue un tiempo de oración personal ante Nuestra Madre, en medio del silencio y de una gran paz, ¿quién lo diría? Pues a la mañana siguiente empieza la peregrinación que culmina, el día de su fiesta con una eucaristía multitudinaria».

»El rector del santuario tiene desde niño una gran devoción a la Virgen, por eso siente su labor allí como una misión. Sueña con una India católica, dice que llegará “si vivimos la fe desde el corazón, con el aliento del Espíritu que nos ilumina para vivir y llevar a Cristo a los demás. No por nuestras propias fuerzas humanas, sino por la gracia y la fuerza de Dios”. Nos habla de una fe encarnada en la que se ven pequeños milagros diarios.

»Uno de ellos, nos dice, es el hecho del que somos protagonistas: la colocación de la primera piedra de una casa de retiro, en la que habrá una capilla de Adoración Perpetua al Santísimo. “El Señor ha elegido este momento, y a cada uno de nosotros, para esta misión. No es una casualidad que estemos nosotros ahí”. Soñaba desde hace tiempo con este centro y, ve en este acto un pequeño milagro del Señor y a nosotros sus instrumentos. Por eso, reza por nosotros, nuestras familias y nuestro trabajo».

Alrededor del santuario hay una comunidad de unos cinco mil católicos, con una profunda fe y educación superior. Entre ellos, médicos, ingenieros, enfermeras, profesores, empleados públicos... que han crecido firmes en la fe a la vera de la Madre. Pero Mokama ha sido últimamente también la cuna de una docena de vocaciones religiosas y al sacerdocio.



Ayuda a la
Iglesia Necesitada

ACN ESPAÑA

Donativos:

www.ayudaalaiglesianecesitada.org

Teléfonos: Madrid 91 725 92 12

Barcelona 93 237 37 63

ES21 2100 2415 4202 0014 0293

Cualquier aportación, por pequeña que sea,
es muy necesaria.



*Pequeñas
lecciones
de historia*

«No está bien acercarse a Jesús sin María»

Extraído de la carta del padre Kolbe a Fr. Mateo Spolitakiewicz desde Nagasaki (19/X/1935). Escritos fundamentales de san Maximiliano Kolbe, Centro Internacional Milicia de la Inmaculada.

Querido hijo:

No una, sino muchas veces he leído tu carta y te comprendo perfectamente. Y, para comenzar, ¿por qué no iba a acordarme del buen Fr. Mateo?

Escribes: «No alcanzo a armonizar en mi alma el hecho de amar al mismo tiempo a Jesús y a María». Pero, ¿podías amar a la vez a tu padre y a tu madre, y además a tus hermanos y hermanas? Ciertamente, nuestro fin es Dios, la Stma. Trinidad, pero eso no impide amar a Dios Padre como Dios Padre, a Dios Hijo como Dios Hijo, al Espíritu Santo como Espíritu Santo, a Jesús como Jesús, a la Madre de Dios como Madre de Dios y después a nuestro padre, a nuestra madre, a nuestros familiares, a los ángeles, a los santos, a toda la humanidad y, naturalmente, no a uno tras otro, sino a todos a la vez. No podemos pensar en todos en el mismo instante, pero eso no nos impide amar a todos de manera efectiva y simultánea.

Escribes también: «Estoy ante el sagrario, me quedo hablando con Jesús, etc.», y preguntas:

¿«Dónde está María, aquella sin la cual es difícil acercarse a Jesús. Aquella que es la vía más breve?». Debo añadir que no sólo «es difícil», sino imposible acercarse a Jesús sin María. ¿Por qué? Prescindiendo del hecho de que fue ella quien generó y alimentó a Jesús para nosotros, el acercarnos a Jesús es indudablemente una gracia y todas las gracias llegan a nosotros a través de ella, del mismo modo como Jesús mismo llegó hasta nosotros a través de ella.

Ahora podrías decirme: «¿Puedo hablar directamente con Jesús cuando no pienso en María?». Querido mío, no se trata de que tú debas sentir o pensar, sino de que esta es la realidad, aunque tú no pienses en ello. Si amas verdaderamente a Jesús, deseas, ante todo, cumplir siempre su voluntad y, por consiguiente, recibir también la gracia en la forma establecida por Él. Si tienes semejante disposición, entonces puedes, mejor dicho, debes dirigirte libremente al Stmo. Corazón de Jesús con la convicción de obtenerlo todo. Y si alguien se dijera a sí mismo: «Yo no necesito la mediación de nadie, no necesito a la Virgen; soy capaz de adorar y alabar yo solo al Stmo. Corazón de Jesús y pedirle lo que deseo», ¿no tendría razón Jesús en rechazarlo por una soberbia tan insoportable?

Sigues escribiendo: «Ella debe recibir al menos algo por parte mía, yo debo respirarla a ella, vivir de ella, consagrarme totalmente a ella, pensar en ella ... Pero Jesús, es Él el manantial de la gracia y del amor, Él nos invita a sí,

Él se dona en la santa comunión. En todo esto María nos sirve sólo de ayuda». Querido mío, ciertamente la fuente de todo bien, en cualquier orden, natural y sobrenatural (es decir de la gracia), es Dios Padre, que obra siempre por medio del Hijo y del Espíritu es decir, de la Stma. Trinidad. Es verdad que el único Mediador con el Padre es el Hijo Encarnado, Jesucristo, Dios y hombre al mismo tiempo, a través del cual nuestras alabanzas al Padre de humanas pasan a ser divinas, de limitadas adquieren un valor infinito y de tal manera se vuelven realmente dignas de la majestad del Padre. Es verdad que nosotros amamos al Padre en el Hijo, en Jesucristo, y que a Él tenemos que ofrecerle todo nuestro amor, para que en Él y por medio de Él el Padre reciba todo nuestro amor. A pesar de ello, es verdad que nuestros actos, incluso los más santos, no están libres de defectos y, si queremos ofrecérselos a Jesucristo puros y sin mancha, tenemos que dirigirlos directamente sólo a la Inmaculada y donárselos a ella en propiedad, para que ella los ofrezca como suyos a su Hijo. Entonces estos actos nuestros se volverán puros, inmaculados. Además, habiendo recibido un valor infinito por medio de la divinidad de Jesús, adorarán dignamente al Padre.

También la correspondencia a las gracias, que las criaturas han obtenido por medio del Hijo y del Espíritu Santo, vuelve al Padre sólo a través de este mismo camino, es decir, por medio del Espíritu Santo y del Hijo. o sea, por medio de la Inmaculada, Esposa del Espíritu Santo, y de Jesús unido hipostáticamente a la naturaleza del Hijo. Pero, ¿en la práctica? Hijo mío, tú puedes no conocer nada de estas hermosas verdades, no entenderlas, no recordarlas en absoluto y no ser capaz, con tu inteligencia limitada y tu imaginación, de conseguir siquiera hacerte una idea a nivel humano; pero si quieres cumplir siempre la voluntad de Dios (es decir, la voluntad de Jesús, la voluntad de la Inmaculada), entonces dedícate libremente a todas las devociones por las que te sientes atraído.

Es más, precisamente por el hecho de que nos hemos consagrado sin limitación a la Inmaculada, podemos acercarnos con mayor ánimo al Stmo. Corazón de Jesús a pesar de nuestra maldad. Así pues, en realidad, estamos consagrados entera, conspicua y exclusivamente a la Inmaculada con todas nuestras acciones, y en ella y a través de ella estamos consagrados entera, completa y exclusivamente a Jesucristo; y en Él, y a través de Él estamos consagrados entera, completa y exclusivamente a nuestro Padre celestial.



ACTUALIDAD RELIGIOSA

JAVIER GONZÁLEZ FERNÁNDEZ

2019: Año jubilar de Almonte

AL atardecer del 6 de junio de 1919, pocos días después de que España fuera consagrada al Corazón de Jesús, llegaba el cardenal de Sevilla don Enrique Almaraz y Santos a la aldea del Rocío, donde una multitud, encabezada por la Hermandad Matriz de Almonte, lo recibía entre aclamaciones.

Todo estaba ya preparado para que Nuestra Señora del Rocío, célebre por «la fama de sus prodigios, la antigüedad de su culto y la constante y fervorosa veneración de la religiosa piedad de los pueblos circunvecinos, (...) fuese decorada con aquella corona áurea con que suelen ser coronadas las más prodigiosas imágenes de la Madre de Dios».

Los tradicionales cultos rocieros, que de muy antigua tradición celebraban las hermandades al terminar el día de la Ascensión, se revistieron aquel año de mayor solemnidad y fervor. La romería se prometía grandiosa, así por los actos de la solemne coronación como por el número de romeros que acudirían, y así efectivamente resultó, superando todos los cálculos.

«En la mañana del sábado día 7, relata Juan Infante-Galán, cuando ya las caravanas de hermandades y romeros se acercaban a la aldea, el señor cardenal celebró misa ante la Santísima Virgen. Por todos los caminos (...) aflúan al Rocío riadas de peregrinos inundando la aldea de candente alegría fervorosa, que se rompe en oleadas de oraciones, vítores, lágrimas y cantares al pie del altar de la Virgen, Señora del hermoso mirar.

»Aquella tarde, a hora de vísperas, se cantaron en la ermita las letanías lauretanas y el Ave Maris Stella (...) y a eso de las seis comenzó la presentación o “entrada” de las hermandades [Triana, Rociana, Villamanrique, Benacazón, Umbrete, Coria del Río, Pilas, La Palma, San Juan del Puerto, Sanlúcar de Barrameda, Huelva, Moguer; en total, 514 carretas y 120 coches]. Desde el balcón de la ermita, donde colgaba a modo de repostero el rico y antiguo Simpecado de Almonte, presencié el desfile el señor cardenal.

» (...) Lentamente fue haciéndose el silencio velador de la noche. Antes de romper el alba, en el callado silencio de la aldea, desiertos los alrededores, salía de la ermita la Virgen hacia el estrado donde horas después habría de ser coronada. Lleváronla

sobre sus hombros el párroco de Almonte, el de Carrión de los Céspedes, el de Castilleja del Campo, el presbítero de La Palma, el presidente de la Hermandad Matriz de Almonte [y otros tres señores] sin que en el breve camino dejaran de sumárseles los escasos rocieros que pudieron advertirlo.

»Es ya domingo de Pentecostés, 8 de junio. El temprano despertar de los romeros fue sorprendido con la Virgen ya colocada en el estrado del Real; la multitud fue creciendo más cada vez en torno al estrado. Desde el alba, celebráronse en los distintos altares de la ermita innumerables misas. (...) A eso de las diez de la mañana salió de la santería el cortejo que acompañó al señor cardenal hasta el lugar de la coronación. (...) Comenzó el acto con la lectura del escrito que concede el privilegio de la coronación canónica; seguidamente, el señor cardenal bendijo las coronas del Niño y de la Virgen, conforme al rito. Y tomó juramento a los señores designados cualificados testigos: de que las coronas de oro así bendecidas, con las cuales iban a ser coronadas el Niño Jesús y la Virgen del Rocío, serían fielmente custodiadas, y que no se consentiría que se destinasen a otros fines sino a aquel para el cual la piedad de los fieles las ofrecían y dedicaban.

»Según el rito de la coronación, comenzó luego la santa misa (...). El señor cardenal predicó la homilía. Se congratuló con Almonte y con las hermandades filiales por la coronación canónica de la Santísima Virgen del Rocío, su titular; sintiendo con la Iglesia y con el Papa —profundamente preocupado entonces con las consecuencias de la primera guerra mundial—, encargó y rogó a los fieles que pidiesen, por intercesión de la Virgen, la paz del mundo; sólo la gracia de Dios, el rocío del Cielo, produce la verdadera paz de los espíritus; sólo la práctica sincera de la religión y de la caridad cristiana nos dará la verdadera paz y la corona del Cielo.

»Se acercaba el momento más solemne. Revestido el señor cardenal, asume la mitra y recibe el báculo; bendice primero a la multitud; vuélvese luego, sube al paso y, con suma reverencia, pone la corona de oro sobre las sienes del sonriente Pastorcito de las Marismas. A su lado, don Juan Francisco Muñoz y Pabón, que la tiene en sus temblorosas manos, le ofrece la corona de oro de la Virgen. Son las once y cuarto en punto de la mañana cuando el señor cardenal, lentamente, mirando profundamente conmovido el rostro de la Virgen, pone sobre su cabeza la

corona de oro, mientras pronuncia las palabras de ritual: Así como te coronamos en la tierra, merezcamos, por tu intercesión, ser coronados en el Cielo.

»Lo demás —acaba Juan Infante-Galán—, el fervor clamante de la multitud, los atronadores aplausos, los vítores, las aclamaciones, los dejamos a tu imaginación. Siempre te quedarás corto».

Aproximándonos ya al centenario de este acontecimiento la Hermandad Matriz de Almonte, bajo el lema «Reina del Rocío, caminar con María hacia Cristo» se ha propuesto promover un conjunto de iniciativas programadas que ayuden a los almonteños y rocieros en general a tomar conciencia de su significado, y a renovar su compromiso con esta devoción, como camino permanente de perfección personal y colectiva para llegar a Cristo y para seguir cumpliendo su misión en el mundo contemporáneo.

Y el pasado 8 de abril, durante la LXII Asamblea General de Presidentes y Hermanos Mayores del Rocío, el obispo de Huelva, don José Vilaplana, anunció —de manera oficiosa— la concesión a Almonte de un Año Jubilar para 2019, que incluye una ampliación (desde el 8 de junio de 2019 hasta el 7 de junio de 2020) de la fecha del año jubilar celebrado cada siete años para que éste incluya la conmemoración del centenario de la dicha coronación canónica de la Virgen del Rocío.

Nicaragua se consagra al Inmaculado Corazón de María

GAUDIUM press. El pasado sábado 28 de mayo cientos de peregrinos acudieron en peregrinación a la catedral de la Inmaculada Concepción de María de Managua. Su objetivo, pedir a la Virgen que interceda a favor de la paz en el país, comprometida a raíz del levantamiento civil, duramente reprimido por la Juventud sandinista y la policía, contra la reforma del Instituto Nicaragüense de Seguridad Social (INSS) impulsada por el presidente Ortega. «Este peregrinar —señalaba el padre Julio Arana, párroco de la iglesia de san Judas Tadeo—, este caminar es un caminar de penitencia pidiéndole al Señor la fortaleza y la animosidad para tener este encuentro con Él y construir una Nicaragua mejor.»

Acompañados por el rezo del rosario, llevando pancartas con la petición especial del retorno de la paz a la nación y entonando cantos dedicados a

Nuestra Señora, los fieles iniciaron su camino desde tres puntos diferentes de la capital nicaragüense hasta llegar a la catedral en la que, presididos por el cardenal Leopoldo Brenes, arzobispo de Managua, renovaron la consagración de Nicaragua al Inmaculado Corazón de la Reina de la Paz:

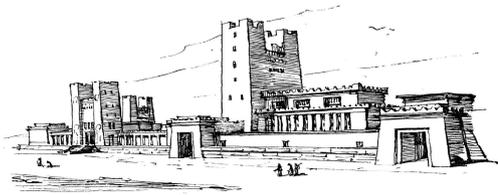
«¡Santísima Virgen María, Reina y Madre de Misericordia, que en tus entrañas maternas engendraste a Jesús, el rostro humano de la misericordia de Dios! A ti, Virgen Purísima, a tus manos maternales y a tu Corazón Inmaculado, consagramos esta tarde a nuestro país. A ti, Madre Santísima, consagramos nuestras familias, nuestras comunidades y nuestras instituciones. Que Nicaragua, tu pueblo amado, sea capaz de encontrar caminos de tolerancia y de comunión, de fraternidad y de paz. Que los nicaragüenses podamos construir un futuro digno para todos, en donde la diversidad sea una riqueza y en donde podamos construir la paz como fruto de la justicia. Guarda amorosamente en tu Corazón de Madre a este pueblo de Nicaragua que hoy te invoca con gran confianza.

»(...) A ti, Purísima Señora, consagramos nuestra patria, Nicaragua, en estos momentos de incertidumbre. Toma a Nicaragua entre tus manos y acógenos en tu Corazón. Ayúdanos a saber dialogar entre nosotros, a luchar por la dignidad de todos los seres humanos, a no dejar de tener hambre y sed de justicia, a ser hombres y mujeres tolerantes y constructores de paz. Madre de Misericordia, “Muéstranos a Jesús, fruto bendito de tu vientre”. Ayúdanos a conocerlo, para que como Él, también nosotros pasemos por todas partes haciendo el bien. Ayúdanos a buscar siempre, como Él, el bien de las personas, ser sensibles al sufrimiento de la gente, mirar al dolor de los demás, conmovernos y auxiliarnos con misericordia. Hoy más que nunca, Santísima Virgen María, tenemos necesidad de que nos muestres a Jesús, “fruto bendito de tu vientre”.

»Santísima Virgen María, acógenos en tu regazo. Ruega por nosotros, Santa Madre de Dios, para que seamos dignos de alcanzar las promesas de nuestro Señor Jesucristo. Amén.»

Esta consagración, apuntó el padre Oreste Fontes, párroco de la iglesia de santa Ana de Managua y participante de la iniciativa por la paz, «tiene el significado de apartarse, separarse para el Señor, de pertenencia suya. Por lo tanto, nunca nos abandonará y no nos dejará perdernos y siempre nos protegerá, porque estamos en su corazón, somos de Dios».





ACTUALIDAD POLÍTICA

JORGE SOLEY CLIMENT

Armas químicas y bombardeos en Siria

LA terrible guerra que desde hace años se desarrolla en Siria, aunque aún está lejos de su final, al menos parecía encaminarse hacia una fase menos devastadora, caracterizada por la derrota del Estado Islámico y la toma del control sobre amplias zonas por parte de las fuerzas leales a Bashar al Assad. La toma de Duma, un estratégico enclave cercano a Damasco desde donde se bombardeaba con regularidad la capital, iba a ser un paso más en esa tendencia... cuando de pronto el presidente estadounidense, Donald Trump, denunció un supuesto ataque químico por parte de Bashar al Assad contra población civil en Duma. El gobierno sirio y Rusia lo negaron, pero Estados Unidos, Francia y el Reino Unido lanzaron un ataque para castigar a quien, según ellos, había traspasado la línea roja del uso de armas químicas. ¿Estamos ante los primeros pasos de una nueva fase del conflicto en Siria?

Una mirada atenta a lo ocurrido no parece avalar esa interpretación.

La acusación lanzada contra Bashar al Assad es débil (de hecho, el propio secretario de Defensa norteamericano, James Mattis, reconocía que no existían pruebas irrefutables, sino solo sospechas y las denuncias de las milicias rebeldes Jaish al-Islam, milicias yihadistas financiadaa por Arabia Saudí) y la acción de represalia precipitada, al no esperar siquiera a las conclusiones de la comisión de Naciones Unidas desplazada hasta el lugar de los hechos para investigar lo sucedido. El interés de Assad en gasear una plaza que estaba a punto de caer en sus manos (y sobre la que finalmente ha retomado el control) es también difícil de explicar: quienes le acusan sostienen que en su avidez de sangre y confiado en su victoria, ni siquiera calcula las consecuencias de sus actos, algo que no encaja con el comportamiento de Bashar al Assad hasta el momento.

Pero es que la propia represalia tiene bastante de escenificación: Rusia fue avisada con antelación de los objetivos que iban a ser atacados, información que fue trasladada a Siria con el resultado de que no hubo que lamentar ninguna víctima en los ataques con misiles que provocaron daños en tres instalaciones, dos junto a Homs y una tercera a las puertas de Damasco, donde supuestamente se fabricaban o almacenaba arsenal químico. Una afirmación sobre la que planea

también la sombra de la duda: ¿es creíble que un silo de almacenaje de armas químicas sea destruido con misiles?, de ser así, ¿no habría provocado una peligrosa liberación de agentes químicos que habría provocado miles de muertes entre la población civil? Lo cierto es que, a pesar de la destrucción de los objetivos, no se ha producido ninguna tragedia de ese tipo, por lo que no es disparatado suponer que realmente no había agentes químicos en los lugares destruidos.

Entonces, ¿qué han sido estos ataques que por momentos parecía que iban a reactivar el fuego de un conflicto que parece encaminarse, sino hacia su final, al menos sí hacia una fase de menor intensidad? Estados Unidos sabe que, dado el apoyo al gobierno sirio por parte de Rusia e Irán y sin desplegar tropas sobre el terreno (algo a lo que Trump es muy reacio), no es posible derrotar al régimen de Bashar al Assad. En este contexto, no obstante, hay que lanzar el mensaje de que tampoco se puede despreciar a Estados Unidos, que en cualquier momento puede golpear con una elevada fuerza y precisión, por ejemplo si a alguien se le ocurriera, como tantas veces han declarado en sus bravuconadas Irán o las milicias libanesas de Hizbolá, amenazar a Israel. Con el lanzamiento de misiles sobre objetivos sirios Estados Unidos ha lanzado un serio aviso: no podemos cambiar el curso de la guerra en Siria, pero seguimos presentes en la región y no vamos a permitir según que acciones. Probablemente el mensaje habrá llegado a sus destinatarios.

Espaldarazo a Orban y al Grupo de Visegrado en las elecciones húngaras

HUNGRÍA se ha destacado, durante los últimos años, bajo el gobierno de Viktor Orban, como uno de los países que más se ha opuesto a las directrices emanadas desde la Unión Europea y que ha liderado lo que se ha dado en llamar el Grupo de Visegrado (Polonia, Chequia, Eslovaquia y Hungría, a los que ahora parece sumarse la Austria de Sebastian Kurz), caracterizado por la reivindicación de las raíces cristianas de Europa y una decidida voluntad de frenar una inmigración masiva que, sostienen, amenaza todo aquello en lo que se funda nuestra civilización. No es de extrañar que las elecciones legislativas húngaras fueran vistas como un plebiscito sobre el rumbo que Orban ha impreso

en Hungría. El resultado ha sido un amplísimo apoyo, del 48,5 %, que abre las puertas al cuarto mandato de Orban, el tercero consecutivo, al traducirse en más de dos tercios del parlamento. El segundo partido más votado, con casi el 20 % de los votos, ha sido el agresivamente nacionalista Jobbik.

No obstante, y contra la imagen que transmiten la mayoría de los medios, no hay en Hungría ni unanimidad absoluta ni trabas a la oposición, que ha sido capaz de vencer en Budapest. Por su parte, la participación, que ha alcanzado el 70 %, ha sido la más elevada desde 1998, desmintiendo las acusaciones de falta de democracia que la prensa izquierdista ha lanzado sobre Hungría.

Los motivos del amplio apoyo a Orban hay que buscarlos en varios ámbitos. La economía húngara va bien, su deuda pública se ha reducido en seis puntos, los salarios han aumentado un 10 % y el desempleo ha caído hasta el 5,2 %. Por otro lado la decisión de Orban de frenar la inmigración y no aceptar las cuotas de supuestos refugiados que la Unión Europea les había impuesto unilateralmente ha sido recompensada por el electorado húngaro. El combate del protestante Orban contra una UE percibida como deseosa de suplantar los estados-nación y presionando para imponer una mentalidad y unas leyes anticristianas ha sido recompensado por una parte mayoritaria de los votantes.

De hecho, lo que encarna Orban en Hungría supone algo casi inimaginable en los países más occidentales de Europa. Orban impulsó en 2011 una nueva Constitución que, tras celebrar que el país haya sobrevivido a los totalitarismos nazi y comunista, reconocía las raíces cristianas de Hungría, blindaba el matrimonio («Hungría protege la institución del matrimonio, entendido como la unión conyugal de un hombre y una mujer»), asumía la necesidad de promover la natalidad («Hungría promoverá el compromiso de tener y educar hijos») y afirmaba que «la vida del feto será protegida desde la concepción». Además, esos compromisos constitucionales se han traducido en políticas efectivas. El aborto, por ejemplo, no ha sido prohibido, pero sí desincentivado con campañas de concienciación y medidas de ayuda a las madres (la primera campaña de sensibilización, consistente en carteles con la imagen de un feto y el mensaje «sé que no estás preparada para recibirme, pero dame en adopción y déjame vivir», fue execrada por la Comisaria Europea Viviane Reding, que aseguró que era «contraria a los valores europeos»). Y los resultados han ido llegando. La fecundidad húngara subió en sólo cuatro años de los 1,23 hijos/mujer a los 1,45 hijos/mujer, el número de divorcios descendió en un 18 % en sólo dos años, el número de bodas anuales se ha incrementado en un 20 % y el número de abortos se ha reducido en un 23 %.

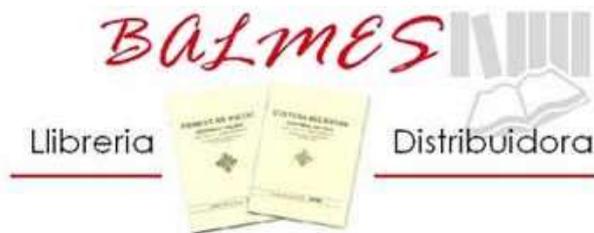
Las ejecuciones de disidentes que China oculta

AMNISTÍA internacional ha publicado su informe anual sobre la pena capital en el mundo. Las ejecuciones en 2017, que han caído por debajo de las mil hasta colocarse en 993, un 4 % menos que en 2016, se reparten entre 23 estados. Llama la atención, a la luz de los datos contenidos en el informe, la escasa importancia de los Estados Unidos en este ranking (dos decenas de ejecutados), a pesar de que si atendemos a los medios de comunicación uno puede llegar a creer que la pena de muerte es casi exclusivamente un problema norteamericano.

Es también interesante señalar la falta de garantías procesales en la mayoría de los países donde se aplica la pena de muerte. Como señala el propio informe, «en la mayor parte de los países en los que personas han sido condenadas o ejecutadas, se ha llegado a una sentencia de pena de muerte después de procesos judiciales que no están en línea con los estándares internacionales sobre un proceso justo». En diversos países, incluidos Arabia Saudí, Bahréin, China, Irán e Iraq, algunas incriminaciones y sentencias capitales se han basado en «confesiones» conseguidas bajo tortura o con otros maltratos: en Irán e Iraq algunas han sido transmitidas por televisión antes de que tuviera lugar el proceso, con ulteriores violaciones del derecho de los imputados a la presunción de inocencia.

Del total de ejecuciones, Irán es responsable de más de la mitad, 507 ejecuciones, un 51 %. Si le sumamos las realizadas en Arabia Saudí, Iraq y Paquistán, alcanzamos el 84 % de todas las sentencias de pena de muerte. Bahréin, Emiratos Árabes Unidos, Jordania y Kuwait, que llevaban años sin aplicar la pena capital, la han retomado este año.

Claro que estos datos tienen trampa: recogen solamente las ejecuciones en los países que hacen públicos estos datos, pero no las que suceden en China, Corea del Norte y Vietnam, donde se consideran un secreto de estado y que Amnistía Internacional estima en varios millares. En el caso de China, se calcula que las ejecuciones en aquel país superan el total de las realizadas en todos los países que las hacen públicas, lo que le convierte en el país donde más personas son ejecutadas. China aplica la pena de muerte para los culpables de 46 delitos, pero el motivo por el que se niega a hacer públicos estos datos no son sólo las elevadísimas cifras, sino también porque la pena de muerte se utiliza para eliminar a los disidentes, a los calificados como contrarrevolucionarios y a los miembros de ciertas minorías étnicas o religiosas. Además, las ejecuciones capitales son una de las fuentes principales de órganos para trasplantes, un próspero comercio para una China que algunos insisten, contra toda evidencia, en presentar como modelo de aplicación de la doctrina social de la Iglesia.



LIBRERÍA BALMES

Duran i Bas, 11 – 08002 Barcelona
tel. 93 317 80 94 – fax 93 317 94 43

<http://www.balmeslibreria.com>

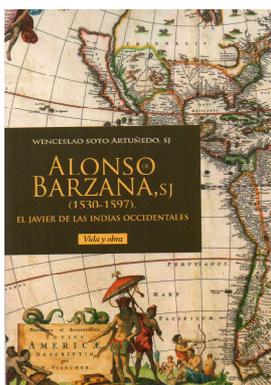
SERVICIO DE VENTA ON LINE

Visitando nuestra página web podrá realizar sus compras sin desplazarse y recibir puntualmente sus libros en casa.

Libros de Teología y Vida espiritual, Mariología y Hagiografía, Sagrada Escritura y Patristica, Magisterio de la Iglesia, Catequesis, Educación y Formación cristiana, Historia, Filosofía, Ética y Psicología, Sociología y Política, Literatura, etc.

Servicio de suscripción a *L'Osservatore Romano* y revistas nacionales y extranjeras.

Este mes recomendamos:

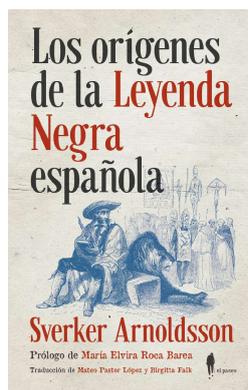


Alonso de Barzana, SJ (1530-1597). El Javier de las Indias Occidentales

Autor: Soto Artuñedo, Wenceslao
Editorial: Mensajero
504 páginas
Precio: 20,00 €

El jesuita español, Alonso de Barzana (Belinchón, España, 1530-Cuzco, Perú, 1597) fue uno de los primeros y mayores evangelizadores jesuitas en América Latina –llegó a dominar hasta 11 idiomas indígenas–. Por su maravilloso trabajo misionero en el interior de Bolivia, Paraguay y

Argentina –que varios años después daría origen a las conocidas reducciones jesuíticas–, se le denomina como «el san Francisco Javier de las Indias Occidentales». El papa Francisco inició recientemente su proceso de beatificación.

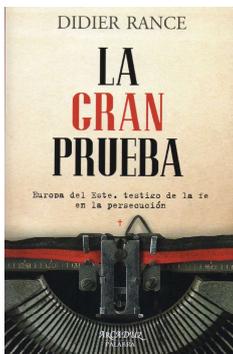


Los orígenes de la Leyenda Negra española

Autor: Sverker Arnoldsson
Editorial: EL PASEO EDITORIAL
232 páginas
Precio: 19,95 €

Este conjunto de estudios históricos, inédito en España, fue realizado por el hispanista y americanista sueco Sverker Arnoldsson, y acometió por primera vez una rigurosa investigación de las fuentes originales que establecieron el origen de la Leyenda Negra española. Dichos orígenes se situaron en las tensiones por el dominio del Mediterráneo

entre la Corona de Aragón y las ciudades-estado italianas. También se realiza un estudio de las fuentes alemanas más antiguas. Posteriormente estas fuentes serán utilizadas por los enemigos de la monarquía hispana para desacreditarla.

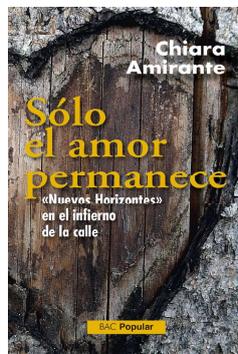


La gran prueba. Europa del Este, testio de la fe en la persecución.

Autor: Didier Rance
Editorial: Arcaduz
315 páginas
Precio: 19,80 €

Este libro reúne los retratos de diez grandes testigos de la fe en medio de la persecución en Europa del Este: desde obispos clandestinos (que más tarde serán cardenales), hasta sacerdotes, religiosos y laicos. Todos ellos están basados en las entrevistas que el autor mantuvo con

estos testigos de la fe. Didier Rance es diácono, historiador, exdirector de AIN Francia y miembro de la Comisión Pontificia «Nuevos Mártires». Es autor de una veintena de libros, la mayoría dedicados a los mártires y a los testigos de la fe de nuestro tiempo.



Sólo el amor permanece. «Nuevos horizontes». En el infierno de la calle.

Autor: Chiara Amirante
Editorial: BAC Popular
240 páginas
Precio: 14,00 €

Chiara Amirante (Roma, 1966), fundadora y presidenta de la comunidad «Nuovi Orizzonti», lleva desde 1990 dedicándose a los niños de la calle, a la «gente de la noche», en los lugares más marginados de Roma. En 1987, a la edad de 21, años se le

diagnostica una enfermedad ocular grave por la que corría el riesgo de una ceguera total. Esto la llevó a una entrega total hacia los más desesperados, para hacerles partícipes de lo que ella había experimentado, que la alegría que Cristo nos da es posible incluso en las situaciones más dramáticas de la vida.

CONTRAPORTADA

«Jesús no quiere que caminemos sin su Madre»

«En la cruz, cuando Cristo sufría en su carne el dramático encuentro entre el pecado del mundo y la misericordia divina, pudo ver a sus pies la consoladora presencia de la Madre y del amigo.

En ese crucial instante, antes de dar por consumada la obra que el Padre le había encargado, Jesús le dijo a María: «Mujer, ahí tienes a tu hijo». Luego le dijo al amigo amado: «Ahí tienes a tu madre» (Jn 19,26-27). Estas palabras de Jesús al borde de la muerte no expresan primeramente una preocupación piadosa hacia su madre, sino que son más bien una fórmula de revelación que manifiesta el misterio de una especial misión salvífica. Jesús nos dejaba a su Madre como madre

nuestra. Sólo después de hacer esto Jesús pudo sentir que «todo está cumplido» (Jn 19,28). Al pie de la cruz, en la hora suprema de la nueva creación, Cristo nos lleva a María. Él nos lleva a ella, porque no quiere que caminemos sin una madre, y el pueblo lee en esa imagen materna todos los misterios del Evangelio».

«Como una verdadera madre, ella camina con nosotros, lucha con nosotros, y derrama incesantemente la cercanía del amor de Dios. A través de las distintas advocaciones marianas,

ligadas generalmente a los santuarios, comparte las historias de cada pueblo que ha recibido el Evangelio, y entra a formar parte de su identidad histórica. Muchos padres cristianos piden el Bautismo para sus hijos en un santuario mariano, con lo cual manifiestan la fe en la acción maternal de María que engendra nuevos hijos para Dios. Es allí, en los santuarios, donde puede percibirse cómo María reúne a su alrededor a los hijos que peregrinan

con mucho esfuerzo para mirarla y dejarse mirar por ella. Allí encuentran la fuerza de Dios para sobrellevar los sufrimientos y cansancios de la vida. Como a san Juan Diego, María les da la caricia de su consuelo maternal y les dice al oído: «No se turbe tu corazón [...] ¿No estoy yo aquí, que soy tu Madre?».



FRANCISCO, *Evangelii gaudium* 285-286